

# Cinco figuras ilustres en la historia de las Reparadoras del Sagrado Corazón

POR

TEÓFILO APARICIO LÓPEZ, OSA.

## I. EL DESEO DE UNA SANTA FUNDADORA

El día 12 de febrero del año 1950, a la edad de 94 años, moría en Roma, con fama de santidad, la M. Teresa del Sagrado Corazón, en el siglo Rosa Mercedes de Castañeda y Coello, ilustre peruana y excelsa Fundadora de la Congregación de Reparadoras del Sagrado Corazón.

Había nacido en la ciudad de Lima el día 8 de agosto de 1856, en el seno de una familia acomodada, burguesa y de la mejor sociedad de aquella República que, no muchos años atrás, acababa de estrenar independencia.

Cuando la bautizaron le impusieron el nombre compuesto arriba escrito de Rosa Mercedes y sus padres se llamaron Juan Pedro de Castañeda y Mercedes Coello y León.

Educada con esmero en los mejores colegios de su ciudad natal, a los 20 años hizo voto privado de castidad y pidió al señor arzobispo de Lima le permitiera entrar en el convento de Clarisas Capuchinas, contra el parecer de sus padres y de toda su familia.

Al final, pudieron más sus progenitores, que la sacaron del convento y la enviaron a París.

En la capital de Francia, se puso enseguida bajo la dirección espiritual del P. Anzuetta, el cual la orientó hacia el Instituto francés de la Sagrada Familia, donde ingresó el 30 de julio de 1879.

El noviciado lo hizo en la ciudad de Royaumont. Pero de nuevo las fuertes presiones familiares, de modo especial, las ejercidas esta vez por su madre, que se resistía perder a su hija Rosa Mercedes como pedagoga de sus hermanas menores, le obligaron a salir momentáneamente de la Congregación y hacer un viaje a Roma.

De regreso de la Ciudad Eterna, entró nuevamente en el noviciado, profesando el 26 de abril de 1886.

Pero Rosa Mercedes de Castañeda y Coello no era feliz en la Sagrada Familia. Dios la destinaba para empresas mayores. La destinaba nada menos que para ser la Fundadora insigne del Instituto de Reparadoras del Sagrado Corazón.

Por eso, después de pensarlo y meditarlo muy mucho; después de pasar largas horas en oración; y después de pedir consejo a su confesor, con licencia del P. General de la Sagrada Familia, salió de ésta Congregación el día 8 de febrero de 1895, con el firme propósito de fundar en su país de origen, en su querido Perú.

Mujer emprendedora, pensó que nadie mejor que el Romano Pontífice, para que le aclarara sus dudas y le arreglara directamente su situación. Por lo que se puso en camino, nuevamente, de Roma, esta vez con cartas de Monseñor Ferrata, Nuncio Apostólico en París y un día no lejano primer Protector y Bienhechor del nuevo Instituto.

Fue recibida, inmediatamente, en audiencia particular por el papa León XIII, el cual, inspirado por Dios, bendijo su proyecto y le auguró días de lucha y de tribulación.

Segura ya de sí misma y de lo que iba a hacer, regresó a París y comenzó a trabajar en las Constituciones. El día 12 de junio del citado año 1895, Monseñor Ferrata, que seguía aún en París, bendijo el hábito del nuevo Instituto. Y el 9 de julio, M. Teresa abandonaba el suelo de Francia, embarcando rumbo a Perú, a su patria chica, a su Lima natal y querida.

La nueva Congregación nacerá con el signo de la incomprensión y de la contradicción. Pero nuestra insigne Fundadora consiguió reunir un grupo de compañeras en la llamada «Alameda de los Descalzos», n. 79, y emitió privadamente los votos, que venían a ser como la primera piedra fundacional.

Para cuando llegó el 21 de abril de 1897, ya tendrá sede fija en el austero y abandonado convento de San Pedro Nolasco, el cual sería muy pronto la Casa-Madre de la nascente Congregación.

M. Teresa había conseguido lo principal: fundar un Instituto; o mejor ya, la Congregación de Reparadoras del Sagrado Corazón. El camino a recorrer hasta conseguir el llamado «*Decretum laudis*», la aprobación de las Constituciones, la agregación del nuevo Instituto a la Orden de San Agustín —14 de agosto de 1931—, su propagación por España y su establecimiento definitivo en Roma —hoy en Vía Tagliamento, 42, donde se encuentra la Casa Generalicia—, fue largo y espinoso.

Como fue larga y sacrificada, toda ella de inmolación al Sagrado Corazón de Jesús, la vida de nuestra venerable Fundadora, la cual, llena de méritos y de virtudes, murió precisamente en esta casa de Roma el día 12 de febrero de 1950, como queda apuntado arriba.

Podía morir tranquila. Se habían cumplido sus sueños de juventud: El Instituto por ella fundado tendrá como finalidad el reparar los ultrajes que a

diario recibe el Corazón de Jesús. Tal y como ella lo dejó escrito: «Frente a las oleadas de iniquidad que cubren el mundo, a los triunfos de los enemigos de la Iglesia, a la apostasía oficial de las naciones católicas, a la pérdida de la fe en tantas almas, la Congregación de las Reparadoras del Sagrado Corazón ha nacido y se ha desarrollado bajo la mirada de Jesús Sacramentado. Por tanto, el fin de esta Congregación es, ante todo, reparar los ultrajes hechos contra el Sagrado Corazón de Jesús escondido en la Hostia Santa».

Se había cumplido, igualmente, aquel deseo suyo, manifestado tantas veces en sus escritos: «Si me eliges para tu servicio, Señor, dame un corazón capaz de amar a todos los hombres y un espíritu de sacrificio tal, que me permita cruzar los mares sin nostalgia».

## II. EL POR QUÉ DE ESTE ESTUDIO

Pero resulta que la Fundadora no habría podido realizar su obra sin aquellas compañeras y fieles colaboradoras que, desde el primer momento, se pusieron incondicionalmente a disposición suya y trabajaron firme con ella a fin de que los buenos propósitos y grandes proyectos se hicieran, al menos en parte, realidad.

Don Miguel de Unamuno que, de joven, había aborrecido la Historia porque, al igual que Schopenhauer, creía que ésta da noticias empíricas respecto a la conducta de los hombres, pero no dice nada respecto a la esencia del hombre, porque enseña noticias, pero no engendra saberes, más tarde y ya en la madurez hablará de la «intrahistoria» y de los personajes secundarios que aparecen menos en los documentos y en los libros, pero que han sido los verdaderos protagonistas de los hechos. Colocado frente al acontecer histórico, Unamuno establece toda una larga serie correlativa de conceptos contradictorios: sucesos y hechos, historia e intrahistoria, tiempo y eternidad, nación y pueblo, casta histórica y casta íntima, castidismo y humanidad, idea y fuerza, personajes primeros y personajes segundos...

Pues bien, en la vida de esta insigne mujer peruana, que se llama y es M. Teresa del Sagrado Corazón, ocurre algo parecido: Ella es protagonista de una vida y de una historia. Ella es centro de un acontecer importante. Pero ella no lo es todo en este acontecer, aunque sea mucho en la idea que da el gran historiador Toynbee a la palabra «acontecer» y el hombre en el centro del mismo.

A su lado, como brazos fuertes, como aliento y acción en la dura prueba, están los nombres de Bernardina Bisbal, Mercedes Fuchs, y su hermana Leonor Fuchs; María Celinda de Castañeda y Petronila Napuri, por citar solamente las más señaladas y las más cercanas a su vida.

Estudiando la vida de la M. Teresa del Sagrado Corazón, yo me he encontrado con estas mujeres admirables, tan admirables como desconocidas, y que, sin embargo, vienen a ser como las co-protagonistas de la obra por ella fundada. Hasta el punto de que uno saca la conclusión de que muchas cosas se

hubieran venido abajo, o ni siquiera hubieran existido, a no ser por estas colaboradoras de primera hora y fieles discípulas de tal maestra y guía.

Por eso me decido a escribir este bosquejo biográfico. Porque bien se merecen figurar al lado de la M. Castañeda. No me guía otro propósito que el darlas a conocer y el que sean, de este modo, honradas como ellas se merecen dentro del Instituto Reparador y de la Orden Agustiniiana al que pertenecen desde aquel 14 de agosto de 1931 en que el Rdmo. P. Eustasio Esteban le extendió el diploma de afiliación a la misma.

### III. BERNARDINA BISBAL (Madre María de la Paz)

#### *Brazo fuerte de la M. Fundadora*

Apenas había pasado un mes de la muerte de la M. Teresa del S. Corazón. En el Instituto Reparador es todavía el único tema de conversación. Pero aquel tenía que seguir su vida normal —aunque se hubiera apagado la lámpara del sagrario de la capilla al tiempo de morir nuestra venerable—, y había que pensar en una digna sucesora.

El 25 de marzo de este histórico año de 1950, M. María del Consuelo, Vicaria General, presentaba una *Memoria* a las tres personas que habían presidido el Capítulo General de 1949 y a las mismas Capitulares. En este documento les daba cuenta de cómo en el último Capítulo del 12 de agosto del año citado, se había hecho la elección de los miembros del Consejo Generalicio, a excepción de la Rvdma. M. General, que, por ser la Fundadora y en atención a sus méritos y virtudes, había obtenido de la Santa Sede la prerrogativa de que su gobierno fuera vitalicio.

Pero la M. Teresa del S. Corazón había fallecido el día 12 de febrero del año en curso, 1950, habiendo dejado un sobre sellado y encargando que se leyera su contenido a la Comunidad delante de su lecho mortuario. Obedeciendo esta orden, fue abierto en su hora y tiempo oportuno el sobre indicado. Lo que en él se encontraba era lo siguiente:

«Gloria in excelsis Deo!

Roma, 15 de enero de 1941

A mis queridas hijas las Religiosas Reparadoras del Sagrado Corazón.

La infrascrita, Madre Teresa del S. Corazón, en el siglo Rosa Mercedes de Castañeda y Coello, Superiora General de la Congregación de las Reparadoras del S.C, deseando vivamente conservar en el seno de nuestra familia religiosa la paz y la unión entre sus miembros y la buena marcha de las obras, ateniéndose, además, a las facultades que su alto cargo le confiere y según el tenor del artículo 225 de nuestras Constituciones,

**NOMBRA:**

para sustituirla en su cargo de Superiora General, con el título de Provincial General, tan luego como ocurra su fallecimiento, a la Rvdma. Madre Ma-

ría de la Paz, en el siglo Bernardina Bisbal. Este cargo que le da jurisdicción sobre todas las casas de la Congregación y potestad sobre todas las religiosas, lo ejercerá hasta que se reúna el Capítulo General para la elección de la nueva Superiora General».

A continuación, el documento se extiende en señalar las dotes de gobierno y las altas virtudes que acompañan a la M. María de la Paz, por lo que ella cree —nuestra Venerable— que reunía las condiciones y cualidades necesarias para ejercer el cargo de Superiora General. Ruega, después, humildemente a las Capitulares la tengan presente en esta elección; y «que todo sea para mayor gloria de Dios y bien del Instituto».

En la presencia de Jesús Sacramentado y de María Santísima —termina el texto— «firmo este nombramiento y hago esta recomendación maternal, dejando a salvo la libertad del voto».

Sor María del Consuelo, dando inmediato cumplimiento a este deseo de la Fundadora, presentó a la Santa Sede el recurso conveniente, a 25 de marzo de 1950, dirigido al Prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, y en el que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

«Fallecida el 12 de febrero del presente año nuestra venerada M. Fundadora y Superiora General, dejó un escrito, que adjunto, manifestando el deseo de que la reemplace en el cargo la Rvda. M. María de la Paz, actual Consejera General.

Siendo del agrado de todas las religiosas de la Congregación lo dispuesto por nuestra venerable Madre, porque la mencionada religiosa es la que por más largos años ha estado a su lado penetrándose más del espíritu de nuestra santa Fundadora, además de que posee grandes virtudes y la prudencia y experiencia necesarias para gobernar la Congregación, la Vicaria piensa —y así lo hace constar al Prefecto de la Sagrada Congregación que «habiéndose realizado el Capítulo General el 12 de agosto de 1949, la convocatoria a un nuevo Capítulo traería grandes perjuicios para la marcha de las obras de apostolado que funcionan en todas las casas de la Congregación, además de que éste ocasionaría grandes gastos al tenerse que trasladar las religiosas desde distintos puntos del Continente y recorrer tan grandes distancias».

Por todo lo cual, suplica, en nombre de todas las hermanas, que la Santa Sede legalice el nombramiento hecho por la M. Teresa en favor de la que fue su brazo fuerte durante tantos años de trabajos por la Congregación.

La respuesta de la Santa Sede no se hizo esperar. El día 17 de junio enviaba, por medio del arzobispo de Lima, un escrito dirigido a la M. Consuelo en el que, después de comunicarle que quedaba enterada de todo aquel asunto, y después de haber examinado «muy diligentemente» la exposición hecha por la Vicaria General, juzgaba no dar curso a la petición en referencia. Al mismo tiempo, ordenaba que se hiciera la elección de conformidad con los Cánones y Constituciones por las que se regía la Congregación de Religiosas Reparadoras.

El escrito, así de claro y contundente, iba dirigido al cardenal de Lima,

cuyo secretario canciller, Ignacio Arbulú, lo transcribía a la citada M. María del Consuelo.

Diligente y activa, esta religiosa convocó elecciones para el 30 de diciembre del mismo año 1950. Pero comoquiera que no podían asistir personalmente las superiores delegadas de las casas de España, según prescribían las Constituciones, se recurrió nuevamente a la Santa Sede, la cual esta vez, por conducto del Sr. Nuncio, Juan Panico, envió a 2 de enero de 1951 un cable concedido en los siguientes términos: «La Sagrada Congregación de Religiosos, habiendo recibido la carta, enviada por la Vicaria General, el 13 de diciembre próximo pasado, ha dispuesto que se celebre Capítulo General; pero con la condición de que los votos secretos, es decir, que no se hagan públicos ni se den a conocer a las electoras, se remitan a dicha Congregación. Entretanto, la Vicaria General seguirá al frente de la misma».

Y el Señor quiso que M. María de la Paz saliera elegida Superiora General con todos los honores y con toda legalidad. Así fue mejor.

Mujer extraordinaria, sucesora en el cargo de M. Teresa, admirable, santa y buena, merece el privilegio de este recuadro biográfico.

Era natural del Callao y su fecha de nacimiento fue la del 22 de julio de 1875. Por sus venas corría sangre española, la de su padre Bartolomé Bisbal; y sangre peruana, la de su madre María de la Cruz Valverde.

Bartolomé Bisbal era comerciante y del comercio de cada día tenía que sacar la suficiente «plata» para alimentar a su numerosa prole, pues en aquel simpático hogar reía, lloraba y jugaba la friolera de nueve hermanitos.

Establecido el señor Bisbal en Huaraz, todo marchaba viento en popa. Hasta que un día le llamó el Señor definitivamente a su Reino. Había que sacar a los pequeños adelante. Bernardina era la mayor, o por mejor decir, la segunda de las hermanas y desde el día en que María —dos años mayor que ella— contrajo matrimonio, quedó al frente de la casa, con perspectiva de educadora.

Marchó a Lima. Se educó en el colegio de Normalistas de San Pedro, dirigido por las Religiosas del Sagrado Corazón. Obtuvo allí su diploma de Directora y se volvió a Huaraz, donde abrió un colegio que tuvo mucho éxito.

Pero la joven Bisbal no estaba satisfecha con aquella profesión en el mundo. Por lo que, más desahogada ya su familia y los hermanos ya crecidos todos, se vino de nuevo a la capital del Perú con deseos de hacerse religiosa.

El capellán de la residencia de San Pedro Nolasco, señor Matovalle, de nacionalidad ecuatoriana, le encaminó por el Instituto de Religiosas Reparadoras del Sagrado Corazón, en donde entró el 11 de julio de 1900, y el 12 de agosto siguiente tomaba el hábito con el nombre de Sor María de la Paz.

Era ella de estatura mediana; llenecita, sin ser gruesa; de expresión dulce, color trigueño; de ojos muy negros y cabello de azabache puro; abundantes cejas de igual color y de facciones un poco toscas.

De piedad sólida y seria, era un tanto escrupulosa; lo que le trajo toda su

vida en desazón interior, buscando siempre confesores que la comprendieran, aun a costa de burlar las Reglas y Constituciones sobre este particular.

Su carácter ofrecía grandes contrastes: tímido y débil por naturaleza, se sobreponía ante las dificultades y llegaba a vencerlas todas. Inclínada a la tristeza, humilde y sufrida, era incapaz de hacer sufrir a nadie. De inteligencia despierta y cultivada, a base de una formación completa para la enseñanza primaria, y de imaginación sosegada, era ideal para los colegios de niños.

Poseía el don de gentes y su educación era fina, culta y muy moderada. Su modestia, dulzura y buenas maneras le hacían simpática y atractiva, o mejor, atrayente. Muy adicta al Instituto en que profesara y muy sincera en su afecto a los Superiores, todo lo dio por este sublime ideal. Fiel cumplidora del deber, se hizo merecedora de la confianza que siempre se le tuvo. Discreta y prudente, se le podía confiar cualquier misión delicada y de importancia. Tenía un buen criterio y, por un principio de humildad, nunca se aferraba a sus propias ideas. Al lado siempre de la General, la secundó en sus miras de gobierno y en la administración de la Congregación Reparadora...

Para cuando M. Teresa del S. Corazón escriba en el *Libro de Registro* el primer apunte biográfico sobre esta religiosa, año de 1916, la M. María de la Paz iba ya cogiendo experiencia en el gobierno de las Comunidades, siendo un elemento muy útil con el que se podía contar para todo.

El año de 1903, teniendo que hacer un viaje nuestra Fundadora a España, concretamente a Barcelona, la designada para acompañarla será Sor María de la Paz. M. Teresa nunca se arrepentiría de esta elección, como tuvo que arrepentirse de otras, pues, como ella misma declara, fue para ella una compañera fiel y abnegada en esta época de tantas amarguras, dando pruebas de una sólida virtud<sup>1</sup>.

M. Teresa tuvo que hacer, de improviso, un viaje a París, y como la M. María de la Paz se hallara comprometida en la enseñanza de las hermanas Pisano, colombianitas residentes en Barcelona, tuvo que quedarse en casa de esta muy honorable familia.

Pero los caminos de Dios no son los caminos de los hombres. La señora Pisano, viuda, rica, con síntomas claros de neurastenia y muy voluble en sus decisiones, se dejó alucinar por unas religiosas dominicas que acababan de fundar un colegio en Barcelona y allí llevó a sus hijas, dejando desairada a nuestra ilustre peruana y en una situación que, lógicamente, tenía que mortificarla, máxime estando ausente la M. Teresa y sin saber qué hacer.

Extraña y difícil situación la de la M. María de la Paz en la ciudad condal. Con el permiso de su superiora gestionó, entonces, ante el señor obispo, a la sazón Cardenal Casaña, el retirarse al convento de las llamadas Salesas Reales, hasta la vuelta de la M. Teresa. Concedida esta especialísima licencia, nuestra biografiada no recibió más que atenciones y delicadezas por parte de

---

1. *Libro de Registro*; n. 1, p. 108. Archivo Generalicio de Roma.

aquellas monjas de clausura papal. A cambio de ello, la religiosa reparadora les dio el buen ejemplo de ser una religiosa más en todo, al tiempo que pudo apreciar mejor que su vocación estaba en el Instituto Reparador.

Por lo que, llegada la fecha del 13 de marzo de 1905, emitió sus votos perpetuos, estando todavía en Barcelona.

De regreso a Lima y tratándose de la fundación de un colegio en Huancavelica, se designó a la M. María de la Paz para directora del mismo y superiora de la Comunidad. Y allí la dejó instalada la propia M. Teresa del Sagrado Corazón el año 1906.

Su actuación en Huancavelica fue del todo satisfactoria. Hasta el punto de que, teniendo que abandonar aquel colegio para fundar el de Ayacucho, las gentes no se resignaban a verla partir.

En su nuevo puesto de trabajo, dirigió igualmente con éxito el nuevo colegio; pero éste se vio nublado y aun tormentoso, debido a la pésima conducta de una religiosa, la cual, no contenta con haber sido causa principal de que se cerrara el centro de estudios de la citada Huancavelica, trasladada de profesora al de Ayacucho, enseguida trató de minar la autoridad de la M. Paz, entorpeciendo su actuación en la Comunidad y fuera de ella, formándole una atmósfera pesada.

Explotó ladinamente la debilidad de la Superiora al no seguirse fielmente las prescripciones de la Regla y Constituciones del Instituto en lo que a relaciones con sacerdotes se refería. Mantenía la religiosa rebelde ciertas deferencias, hijas de la gratitud, con un religioso agustino; motivo éste que ocasionó graves disgustos a nuestra paciente M. María de la Paz, la cual, tal vez por la timidez de su carácter, tal vez por su excesiva reserva, no dio cuenta de ello a la M. General, enterándose ésta por otras religiosas y teniendo que advertírsele a su buena y fiel colaboradora.

Llegado el año histórico de 1911, la M. María de la Paz fue llamada a intervenir en el primer Capítulo General de la Congregación, siendo elegida Secretaria del mismo, y nombrada después Asistente General.

Pero en Ayacucho seguía Sor Imelda —la espina de nuestra biografiada y la mala hierba de la Congregación— y las visitas del agustino se frecuentaban más de lo normal. Nada le decía, por consideración y respeto al sacerdote, la superiora de aquel colegio. Es más, se redoblaron las acusaciones contra ella; hasta el punto de que tuvo que ser llamada a Roma por la M. Teresa, ya con todos los derechos y con toda autoridad General de la Congregación.

Y aquí se quedó, en Roma, como superiora de la comunidad, dando entera satisfacción en este nuevo puesto y ejerciendo una cierta vigilancia, como se le había encomendado, sobre la casa de Zaragoza que acababa de ser fundada.

No le faltaba razón a la Superiora General para encomendarle esta delicada misión, ya que las cosas no iban bien en la ciudad del Ebro. Y siempre por culpa de esos elementos negativos que nunca han faltado a estas religiosas en los primeros años de su andadura. Aquí, en Zaragoza, se pasaban apuros eco-

nómicos y muchas fatigas. M. María de la Paz será comisionada por la Fundadora para que se hiciera cargo del nuevo colegio, muy endeudado y muy revuelto <sup>2</sup>.

M. María de la Paz acudía a Zaragoza con el título de Visitadora. Esto ocurría en el mes de diciembre de 1915. La buena actuación de la nueva superiora hizo cambiar bien pronto la fisonomía de la Comunidad. Para pagar deudas e incrementar la actividad de las religiosas, abrió un «kindergarten», con el beneplácito del señor arzobispo.

Y aquí, una anécdota pintoresca que no deja de tener su gracia y su colorido. Al tiempo de trasladarse de Roma a Zaragoza, en plena Guerra Mundial, durante la travesía, la buena Madre fue tomada en Francia por espía de los alemanes y como tal fue trasladada y tratada en la comunidad religiosa donde pidió pernoctar, junto con la compañera y hermana de hábito que iba con ella. Aquella comunidad despidió de malas maneras a nuestras dos reparadoras y las echaron de casa a las nueve de la noche, yendo a parar a una cárcel, donde la pasaron «toledana». Al día siguiente, tuvieron que hacer un largo trayecto a pie para encontrarse con el cónsul español y hacer revisar por el mismo sus pasaportes. Gracias a la intervención de este funcionario y diplomático español, nuestras dos viajeras pudieron proseguir su camino y llegar sanas y salvas, pero con el resuello metido en el cuerpo, a la ciudad del Ebro.

Y en Zaragoza seguía la M. María de la Paz por el año 1920, en que, haciendo su visita la Superiora General y teniendo que realizar un nuevo viaje a Francia y a Alemania, se la llevó de compañera.

Cuando regrese a Roma, nuestra biografiada irá con ella y será su brazo derecho y firme en la ordenación de la comunidad romana; en las medidas que debía tomar la General para hacerle volver a los principios de orden y de disciplina religiosa, estando como estaba completamente relajada y teniendo que cambiar incluso de superiora local.

Era el año de gracia de 1921. Necesitada la comunidad de Roma de una verdadera reforma, con expulsión de alguna religiosa y todo, y siendo esta medida muy difícil de ejecutar, la M. Teresa del S. Corazón hizo venir de España a M. Paz para tan delicada misión. Enterada en la Ciudad Eterna de los proyectos de la superiora Mayor, lo aceptó todo como una hija fiel, a sabiendas de lo que le esperaba.

M. Paz será la encargada de devolver la religiosa a su familia, después

---

2. Durante mi estancia en el Perú, pude entrevistarme con una anciana de cien años cumplidos, Srta. Hortensia Pardo, que por tantos años fuera Sor María de la Aurora, y que luego, por esos inescrutables designios de Dios, fue expulsada del Instituto. Esta persona, con una lucidez mental que asombra, dado lo avanzado de su edad, me contó muchas anécdotas y muchas cosas de aquellos días difíciles y fundacionales. Ella fue la primera en llegar a Roma, por mandato de la Fundadora. Luego, estuvo presente en la fundación de Zaragoza. Y en el Perú, vivió en San Pedro Nolasco y hasta en Miraflores. A esta Sor María de la Aurora, hoy simplemente Hortensia Pardo, sustituyó en la ciudad del Ebro nuestra M. María de la Paz.

de haberle quitado los hábitos y de haberla reducido a su condición de seglar. El lector puede suponer lo que le cayó encima por parte de la exclaustrada y de los propios familiares. Sólo Dios sabe las lágrimas que derramó la bondadosa y obediente M. María de la Paz. Pero ella, entregada al Instituto, cumplió con el encargo que le habían confiado dejando en Barcelona a la despedida del mismo, y volviéndose a su comunidad de Zaragoza, que mantuvo en el fiel cumplimiento de la observancia religiosa, al tiempo que seguía regentando el pequeño colegio con éxito y contento de todos.

La Superiora General, deseando premiar de algún modo los muchos servicios que estaba prestando a la Congregación Reparadora y su eficaz actuación en España, la llamó de nuevo a Roma por el año de 1923 con motivo de la inauguración de la iglesia de San Egidio y del primer convento que la Congregación tuvo en Roma, en el mismo Vaticano <sup>3</sup>.

El año de 1925 fue un año de prueba para la M. María de la Paz y su comunidad de Zaragoza. La Fundadora vino de Roma dispuesta a cerrar aquella casa, ya que no había modo de conseguir un local apto para el funcionamiento del colegio, y el viejo que ocupaban era pedido insistentemente por los propietarios, poniendo mil inconvenientes y dificultades mil, y restando el personal educativo.

M. María de la Paz aceptó resignada, como una verdadera religiosa, aquella prueba. Y Dios, en su misericordia, permitió que encontraran un buen local en la calle Sancho y Gil, que es donde se encuentran ahora.

Obediente y fiel a toda prueba, siguió a la letra las instrucciones que le dieran en la construcción del nuevo colegio; pero llevaba clavada una honda espina en el corazón: la de la fuerte hipoteca que pesaba entonces sobre la finca adquirida.

Puso todo su esmero en la construcción de la capilla. Terminada, felizmente, ésta, comenzó el culto con el esplendor que suele darse en las capillas e iglesias reparadoras del Perú. Organizó la Asociación Reparadora al igual que en Lima, tomando los Estatutos de aquella. Por otro lado, el colegio fue tomando gran fama y el número de niñas fue aumentando poco a poco. Lo más admirable de esta mujer es que el mérito, al igual que el trabajo, era casi exclusivamente suyo, pues no contaba con cooperadoras, ya que las religiosas que le rodeaban por aquel entonces estaban enfermas o eran deficientes.

Todavía más; los cuidados de la M. María de la Paz se extendían también a la casa de Burgos, primero con el título de Visitadora y luego con el de Pro-

---

3. Efectivamente, entre los recuerdos que he podido ver en Roma, pertenecientes a la M. Fundadora, en un álbum de fotografías de familiares, amigos y bienhechores del Instituto, aparece una sencilla estampa con las medallas de los papas Benedicto XV y Pío XI, y la leyenda conmemorativa de la restauración de la antigua iglesia de San Egidio, junto con la construcción del convento reparador en «Vía Porta Angelica», dentro del Vaticano, y con fecha 26 de noviembre de 1922. Por lo que parece le bailó la memoria un año, ya que esta es la fecha exacta y no la de 1923, que pone ella.

vincial. En este sentido, habiendo decaído notablemente la observancia religiosa en esta última residencia, nuestra celosa hermana se vio obligada a hacer una visita por el mes de abril de 1927, tomando buena nota de lo que allí ocurría y enviando una clara exposición a la Superiora General del estado de la casa.

¡Qué expresión más elocuente la que pone en el *Libro de Registro* la propia M. Teresa del Sagrado Corazón cuando, al llegar a este punto, exclama: «La abnegación de la M. María de la Paz permite a la M. General contar con ella. Es como una verdadera hija»<sup>4</sup>.

Tal vez por esta fidelidad y abnegación de nuestra hermana Bisbal, la Fundadora quiso tenerla a su lado. Y así la quiso llamar a Roma y quedarse definitivamente con ella, salvo en los casos en que tuviera que comisionarla para algún problema serio de la Congregación.

De casta le venía a Bernardina Bisbal aquella piedad y devoción. Cuando residía en Zaragoza, por el año 1926, su madre, la señora Cruz, viuda de Bisbal, le escribirá una hermosa carta en la que, en medio de noticias familiares y detalles curiosos, le dice: «Te felicito por la casa nueva (de Zaragoza). El Esposo se ha dignado darles esa comodidad; Pero la que reserva para después de esta vida es mucho mejor sin comparación... Que Dios te dé muchos años de vida para servir a Él»<sup>5</sup>.

La M. María de la Paz tenía un hermano religioso, santo, celoso y bueno como ella. Pocas cartas he encontrado entre estos dos pequeños Benitos y Escolásticas, o Franciscos y Claras. En una que le escribe Alejandro «a su amada Bernita» desde Arequipa, le pide especiales oraciones para que, ante los próximos cambios que se van a producir en su Congregación, no se acuerden de él para responsabilidades mayores de gobierno, «de las que siempre se cosechan muchas decepciones», como dice literalmente.

Alejandro, cuando escribe esta carta —16 de abril de 1926— cumplía exactamente quince de sacerdocio y veintitrés de vida religiosa.

De cómo era nuestra humilde y bondadosa hermana, dan prueba muchos documentos e infinidad de cartas que, durante largos años, escribió a la M. Fundadora desde las distintas casas en que se encontraba. Por el año 1903 estaba en Chosica, cuidando una enferma de gravedad. Al parecer, un pequeño incidente —la despedida fulminante de una religiosa sin vocación que, como superiora, había retrasado unos días más de la cuenta—, había disgustado a M. Teresa del Sagrado Corazón. Con este motivo, desde la cabecera de la enferma, le escribe toda apesadumbrada y dispuesta a recibir la penitencia que se merece. «No sé lo que pasa por mí —dice—. Es tal mi confusión y pena que quisiera enterrarme al ver que yo sola he sido causa del sufrimiento de S.R. Le suplico se digné mirar mi corazón lleno de dolor y arrepentimiento, pidiéndole

4. *Libro de Registro*. Personal, n. 1, p. 111. A.G.R.

5. Archivo Generalicio de Roma, papeles secretos.

perdón a sus pies. La M... no tiene la menor culpa, pues me decía que la obediencia debía ser ciega y, aunque S.R. no contestara, debía irse; pero a mí, en mi errado juicio, me pareció que no debía irse antes de recibir carta de S.R., y así hice que se quedara hoy. Dispuesta estoy, madre amada, a aceptar los sufrimientos que quiera S.R. para reparar esta falta; pero con toda mi alma le digo que no he tenido la menor idea de que esto podía contrariar a S.R.»<sup>6</sup>.

Cuando en el mes de marzo de 1955 escriba a M. Consuelo, felicitándole por sus «Bodas de oro» de vida religiosa, bodas de oro que también cumplía ella misma, le dice: «¡Cuántas reflexiones me trae este número de 50 años en la vida religiosa! Cuando pienso en ellos, termino por entristecerme y abandonar a la misericordia del Señor. Ruegue por mí, querida Madre. Que siquiera en el ocaso de mi vida corresponda como debo a los beneficios de Dios»<sup>7</sup>.

Pocos días más tarde, escribía igualmente a M. María del Divino Corazón y le decía: «En este día (17 de marzo) de tan gratísimos recuerdos, ya que celebramos el aniversario de la fundación de nuestro amado Instituto, uniéndonos más y más a él por medio de la renovación de votos; y en que celebramos también las Bodas de Oro de nuestra óptima Madre Vicaria y mías, siento la necesidad de expansionar mi alma manifestándoles, aunque en pocas palabras, cuán unida me encuentro a todas en el gozo y en la gratitud hacia Dios Nuestro Señor. Las acompaño con mi pensamiento y mi corazón. Que Dios bendiga nuestras almas, nuestras obras y que nuestra santa Madre Fundadora en el cielo tenga un nuevo gozo al ver a sus hijas unidas trabajando por la gloria de Dios»<sup>8</sup>.

Estando de superiora en el que fuera colegio de Huencavelica, una señora escribía a la M. General, tributando un hermoso homenaje de gratitud a nuestra M. María de la Paz. La buena de Macaria Hernández, que así se llamaba, le decía: «La R.M. María de la Paz había sido hasta ahora una tapadita, porque yo no la creía tan laboriosa; pues desde que su Reverencia la dejó, la veo muy contraída en las labores del colegio, en los cumplimientos de sus Reglamentos y los trabajos que hace; en hacer blanquear la iglesia, en componer su convento; tan activa, tan abnegada en el cumplimiento de todos sus deberes, que me parece estar viendo a la M. Teresa»<sup>9</sup>.

Estos elogios hablan por sí solos y es el mejor testimonio que podemos ofrecer de su vida. Así era nuestra Bernardina Bisbal, nuestra M. María de la Paz. Aquella sencilla y humilde mujer que, apenas depositados los restos de la M. Fundadora en «Campo Verano», donde reposan todavía, esperando sean trasladados a su amada capilla de Tagliamento, y todavía fresca la memoria de la noticia de su muerte en los pasillos Vaticanos y en los claustros conven-

6. *Ibid.*, Cartas de la M. María de la Paz a la M. Fundadora; 10 de agosto de 1903.

7. *Ibid.*, Carta de la M. María de la Paz a M. Consuelo; 9 de marzo de 1955.

8. *Ibid.*, 17 de marzo de 1955.

9. *Libro del Colegio de Huencavelica*, f. 38. A.G.R.

tuales, se atormentaba por el gran peso que le había caído encima. «Puede comprender V.R., queridísima Madre —le dice a la Vicaria del Perú el 9 de marzo de aquel histórico 1950— el estado de mi pobre alma. No hago más que repetir al Señor: «Si es posible, pase de mí este cáliz».

Entretanto, había que ir buscando la segunda parte de la frase de Jesús: «pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya, Señor». M. María de la Paz se fue a visitar al Secretario de la Congregación de Religiosos, P. Larraona, exponiéndole cómo la Fundadora había dejado un escrito en que indicaba el nombre de una religiosa para sucederla en el cargo de Superiora General y cómo la M. Vicaria, desde el Perú, pedía que el asunto fuera confirmado por la Santa Sede para evitar gastos de viajes y un nuevo Capítulo General, habiendo tenido lugar el último cuatro meses atrás.

El Secretario de la Congregación le contestó que la M. Vicaria debía pedirlo por escrito a la misma Sagrada Congregación, exponiendo los motivos y razones para ello, y luego ya lo estudiarían y verían si era el caso de concederlo o de negarlo.

El P. Anzuini, a quien M. Paz mostró los escritos de la Fundadora, le dijo que él ya estaba enterado desde tiempo atrás por la misma M. Teresa del Sagrado Corazón.

Así las cosas, el 17 de junio de 1950 el arzobispado de Lima comunicaba a la M. María del Consuelo, Vicaria General del Instituto Reparador, que la Sagrada Congregación de Religiosos, después de examinar «muy diligentemente» todo lo expuesto por ella pidiendo se designara Superiora General a Sor María de la Paz, recientemente elegida para sucesora de la difunta M. Teresa del S. Corazón, juzgaba no dar curso a la petición en referencia; y ordenaba que se hiciera la elección de conformidad a los Cánones y Constituciones por los que se regía la Congregación de Reparadoras <sup>10</sup>.

Lo que sigue ya lo conocen nuestros lectores. M. Paz sería la digna sucesora de la fundadora del Instituto Reparador la que había sido su brazo fuerte, su gran colaboradora, su hija más fiel y más humilde, la seguidora de sus proyectos, de sus ansias de reparación y de gloria a Dios en todas las regiones de la tierra.

---

10. Archivo Generalicio de Roma, p. secretos.

#### IV. MERCEDES FUCHS (Madre María del Consuelo)

##### «*La delicadeza, la finura y el sacrificio*»

M. María del Consuelo es una de esas personas que merecen todos los parabienes y alabanzas que se puedan tributar a un ser generoso, humilde y pacífico, y que, además, haya pasado por el mundo haciendo siempre el bien.

Su nombre es digno de ser destacado con honor entre los más relevantes que haya tenido en todo tiempo la Congregación Reparadora y asociado siempre a las más eficaces colaboradoras de la M. Teresa del Sagrado Corazón.

Había nacido en Lima el 18 de septiembre de 1881. Era hija legítima de don Pablo Fuchs y de doña Felipa Carrera, ambos pertenecientes a familias distinguidas y acomodadas de la burguesía limeña de la segunda mitad del siglo XIX.

Don Pablo Fuchs, alemán de nacimiento, era uno de esos hombres emprendedores, negociantes, en el mejor sentido que podemos dar a esta palabra, tan desprestigiada hoy; hombres que no conocen el cansancio ni la fatiga en punto a acrecentar su hacienda y fortuna.

En la ciudad de Hamburgo, su padre pasaba por ser un gran financiero y el *Libro de Registro* de la Congregación Reparadora constata que poseía en aquella cosmópolis alemana varias casas fuertes de negocios.

Estaba de Dios el que habrían de unirse dos familias igualmente ilustres, igualmente emprendedoras: los Fuchs alemanes y los Carrera peruanos. Fue el caso que un pariente cercano de esta última familia tuvo que hacer un viaje a Alemania, donde conoció por primera vez a los Fuchs, trabando estrecha amistad con el joven Pablo; el cual, entusiasmado por su amigo peruano, se embarcó con él rumbo a América.

Establecido en la capital de la república peruana, conoció de cerca e hizo amistad con los citados Carrera. Decidido a instalar una casa comercial en la Ciudad de los Reyes, se lo comunicó a su padre, el cual le envió desde Hamburgo las mercancías necesarias con que montar dos o tres grandes almacenes que empeñaban un capital respetable.

Nuestro flamante y joven comerciante alemán se enamoró pronto de la bondadosa señorita Felipa Carrera; con la que casó, formando un hogar rico y distinguido. Poco después, emprendió viaje a Alemania para presentar a sus padres y antiguos amigos a la que era ya su linda y bonísima esposa.

Del negocio, en su ausencia, se encargaría uno de sus socios de confianza, el cual no supo corresponder a la que en él había sido depositada por su jefe y amigo don Pablo Fuchs. Éste, cuando regrese a Lima, se encontrará con la triste noticia de que estaba totalmente arruinado.

Careciendo, de momento, de capital, no pudo levantar de nuevo el negocio, viéndose obligado a aceptar un puesto administrativo del Estado. Era un alto cargo y de gran responsabilidad en la Casa de Moneda, en la que habría de permanecer largos años.

Pero también estaba de Dios, o de los hombres, el que tuviera que abandonar algún día aquel medio fácil de vida. Por extrañas influencias, encaminadas a que ningún extranjero ocupara aquellos cargos, sino que pasaran todos ellos a manos de peruanos nativos, el señor Fuchs hubo de dejar aquel puesto seguro y dedicarse a «tenedor de libros», de varias casas comerciales.

Entretanto, la familia Fuchs-Carrera aumentaba y con ella los gastos del hogar. Pero aquel matrimonio, cristiano de verdad y muy responsable, no olvidó nunca en dar a sus hijos una esmerada educación, y concretamente a los varones una carrera profesional.

Nueve hijos tuvieron Pablo y Felipa: tres varones, Germán, Fernando y Federico, los tres ingenieros de minas, sobresalientes los tres en su profesión; y seis hembras: Julia, Rosa, Mercedes, Isabel, Leonor y Esther, las seis instruidas y laboriosas, muy estimadas en la sociedad limeña de finales del pasado siglo.

Mercedes hacía, precisamente, el número seis de los hijos. Hizo sus estudios en el renombrado colegio de la señora Fanning. Después, su padre la encargó de la instrucción de sus tres hermanas menores, obteniendo en esta delicada misión un éxito completo.

Julia, la mayor de todas, casó pronto, sin que nadie pusiera obstáculo alguno. Mercedes, en cambio, llamada desde jonvencita a un estado de mayor perfección, tuvo que desplegar un tesón admirable y sostener una tremenda lucha para lograr el consentimiento de sus padres, los cuales se oponían tenazmente a sus propósitos, pues la veían mujer de valor para llevar las riendas de una casa. Por fin, ingresó en el Instituto de Religiosas Reparadoras del Sagrado Corazón el día 1.º de marzo del año 1900. Contaba, pues, los 19 de su edad.

Mercedes era de estatura pequeña, delgadita y fina. Como sietemesina y melliza que era, de escasa salud. Sin embargo, estaba dotada de unas energías morales que le hacían sobreponerse a las deficiencias de su ser físico.

Era blanca y rubia; de ojos claros y de una simpatía tal, que se hacía estimar y querer de todos cuantos la conocían y trataban.

Cuando se haya adentrado por los caminos de la vida religiosa, sus compañeras darán testimonio de que poseía una piedad sólida, basada en el espíritu de sacrificio y en la austeridad. También dirán de ella que poseía un espíritu de abnegación hasta el exceso; firme, sin contemporizaciones; lo que constituía un calvario en su vida, dadas las circunstancias que le tocaron vivir al igual que la Fundadora.

Porque Mercedes Fuchs, o Sor María del Consuelo, que es como la llaman en religión, lo que quería, lo quería con voluntad de acero. Difícilmente se doblegaba a las exigencias que trataban de imponerle los convencionalismos del momento y las circunstancias aludidas; pero hay que reconocer, con la religiosa que escribió su apunte biográfico, que no tenía vuelos para grandes empresas y que pudieran poner a prueba su fe. En tantas cosas igual, en esto no se parecía en nada a M. Teresa del Sagrado Corazón.

Sor María del Consuelo se acobardaba pronto si los proyectos no tenían base positiva. Gustaba de trabajar duro, pero con seguridad y cubiertas las espaldas. Su carácter era serio, fuerte y aplicado al cumplimiento del deber; firme y constante; en ocasiones se mostraba algo intransigente, como hija de un alemán hamburgués que era. El temperamento, en cambio, le venía de la familia Carrera, ya que era nervioso y hasta impresionable.

La Fundadora, en cuanto la tuvo consigo, la creyó un tesoro de inapreciable valor para la comunidad de San Pedro Nolasco, en donde tantos años habría de vivir. Era amable con todas las hermanas, pero muy sobria en sociedad, como quien no le permite que se forme atmósfera en torno suyo.

De criterio clarividente, tenía éste el mismo tinte de su espíritu: la austeridad.

Estaba preparada para la enseñanza y su labor en este campo fue tan hermosa, como fecunda. Tenía unas dotes especiales para la dirección de los colegios y el manejo de la casa. Hasta hacer primores con la aguja, en el coser y bordar, sabía nuestra Mercedes Fuchs. Por algo la M. Teresa la distinguió siempre y la hizo mujer de su confianza. Bien que lo necesitaba. Porque, a decir de la misma Fundadora, su amor y abnegación por el Instituto se manifestaron en muchas ocasiones y en circunstancias muy dolorosas para el mismo.

Con qué rasgos tan precisos y veraces nos dan las tres fechas importantes de su vida religiosa: «Tomó el hábito y el nombre de Sor María del Consuelo el 14 de mayo de 1900. No habiéndose desmentido en sus cualidades morales, emitió sus votos el 17 de marzo de 1901, y habiéndose mantenido siempre fervorosa, cumplidora de su deber y adicta a su familia religiosa, hizo su profesión perpetua el 17 de marzo de 1905».

Uno de los primeros cargos que ocuparon su vida fue el de Asistente de la casa de Lima, oficio que desempeñó con toda rectitud, pero que le acarreó muchos sinsabores por su contraste con la superiora local, que veía en la M. María del Consuelo una rival muy superior a ella en todos los órdenes y valores morales.

Comprendiéndolo así la Fundadora, al tiempo de crear el colegio de Ayacucho, en 1906, la designó para directora del mismo y como superiora de la primera comunidad, en cuyos cargos la dejó instalada ella misma.

Sus bellas y eficaces aptitudes tuvieron aquí un ancho campo de acción; pero su trabajo continuado y su abnegación por esta obra de Ayacucho, rindieron sus fuerzas físicas, teniendo que ser sustituida de su cargo en 1908 por la M. María de la Paz, la cual desempeñaba los mismos que ella en el colegio de Huancavelica.

Cuando regrese a Lima, enferma y agotada, M. María del Consuelo habrá dejado en Ayacucho una luminosa estela de estimación y de cariño, tanto en la sociedad, como en la comunidad y colegio.

Pero estas mujeres admirables tienen que asemejarse a Cristo en aquello de llevar la cruz y sufrir por el mundo, reparando sus pecados.

Queda dicho que la M. María del Consuelo, al igual que, como hemos

visto, la M. María de la Paz, era mujer de toda confianza para la Fundadora. Por eso, cuando ésta tenga que partir para Europa, la dejará al frente de la comunidad de Lima, siendo sus consejeras M. Rosa Mercedes y María de la Aurora, esta última verdadero tormento para la superiora y que le trajo siempre por la calle de la amargura. Hasta el punto de que pidió la dimisión de su cargo, si no le quitaban de su lado a aquella inquieta y quisquillosa monja <sup>11</sup>.

Sin embargo, la Fundadora creyó que no debía desprenderse de aquella religiosa y, por lo mismo, cuando haga un segundo viaje a Europa por el año de 1910, la dejará de superiora en la casa de San Pedro Nolasco, de Lima.

Aquel mismo año de 1910, justamente el 4 de febrero, día en que la Santa Sede confirmaba el Instituto con su suprema aprobación, M. María del Consuelo perdía a su buen padre, el señor Fuchs.

Y cuando un año más tarde se reúna el Primer Capítulo General de la Congregación. M. Consuelo será nombrada Vicaria General y confirmada en su título de superiora de la casa de Lima, en el que continuaba por el año 1916, justamente cuando M. Teresa se dedicó a escribir la biografía de sus hijas y registrarlo todo en el *Libro de personal*, sin saber ella hasta qué punto iba a hacernos este gran beneficio <sup>12</sup>.

Volveremos a tener noticias de esta insigne y venerable religiosa por el año 1917. Y allí se nos dirá sencillamente que «se sostiene en el fervor de su vocación y en el fiel cumplimiento del deber». Precisamente en este año citado se verán coronados sus esfuerzos con el éxito obtenido en el colegio de Lima, ya que el Jurado oficial quedó muy satisfecho de los exámenes de las niñas, de las que seis de ellas obtuvieron el diploma con las notas más altas.

Pasarán diez años más y volveremos a encontrarla todavía en el desempeño de los mismos y delicados cargos: el de Vicaria General, que se le había otorgado el año 1911, y el de superiora del convento de Lima, desde fechas anteriores. La Congregación no tuvo más que congratularse de su actuación, siempre correcta, lo que permitió a la M. General ausentarse varias veces a Europa con toda tranquilidad y a sabiendas de que dejaba en la M. María del Consuelo una segunda persona de ella misma.

La verdad de este aserto tendría fiel cumplimiento poco tiempo después. Durante las largas ausencias de la M. General, su digna Vicaria cumplió fielmente su cometido, teniendo al corriente a su superiora Mayor de todo el movimiento de las casas del Perú; lo que facilitó grandemente la dirección que debía dar a cada una de ellas.

---

11. Todas estas apreciaciones, aparte el estilo literario y personal del autor de este trabajo, están tomadas, con un rigor histórico que no dan lugar a equívocos o tergiversaciones, de los *Libros de Registro* que obran en el Archivo Generalicio de Roma, de las Reparadora del Sagrado Corazón.

12. Efectivamente, el primer borrador de la biografía de las Hermanas Reparadoras, se hizo en el año citado de 1916. Lo cual es fácil de comprobar, ya que, cuando se vuelve a poner alguna noticia de interés sobre la religiosa en cuestión, vemos escrito: «Año de 1917», en que se escriben estos aditamentos.

Su prudencia, por un lado, y su lealtad por otro, quedaron patentes en los casos más difíciles que se le presentaron; de modo especial, «cuando surgió la guerrilla intestina»<sup>13</sup> en el colegio de Miraflores; guerrilla que capitaneó y dirigió el célebre capellán don Emiliano Domínguez<sup>14</sup>, contra la superiora Rosa Mercedes.

Con tan desagradable incidente, la Vicaría General tuvo que desplegar un gran tacto en las repetidas visitas que hizo al colegio «La Reparación», cuya comunidad se había amotinado en bloque contra la legítima superiora<sup>15</sup>. La marcha obligada de ésta y de su sobrina Emilianita, junto con las medidas tajantes de la Superiora General que voló rápidamente —si podemos hablar así— desde Europa, una vez que recibió el cablegrama de rebelión, pusieron fin a aquella revolución, más propia de un cuartel, que de un convento de monjas. En adelante, la nueva superiora, M. María del Divino Corazón, se encargaría de hacer entrar en vereda a las hermanas rebeldes de Miraflores<sup>16</sup>.

Volviendo a nuestra biografiada, fue tal el disgusto que recibió por tales incidentes, que, habiéndose quedado a dormir la noche de autos en el citado colegio «La Reparación» para atajar el motín en cuanto estuviera de su parte, se sintió de repente acojonada y con unos dolores tan fuertes de cabeza, que parecía le iba a estallar.

Todo pasó; pero la salud de M. Consuelo quedó desde entonces muy quebrantada. Nunca se le fueron del todo los dolores de cabeza y cada vez que sufría una fuerte impresión en su ánimo, los fenómenos de la congoja e intoxicación volvían con mayor fuerza.

Con todo, generosa y abnegada, al ausentarse nuevamente M. Teresa del Sagrado Corazón camino de Europa, en 1925, ella quedó en el ejercicio de los mismos cargos que tenía anteriormente. En este mismo año se le presentó a nuestra Vicaría la propuesta de una ventajosa fundación en la Oroya; fundación que hicieron abortar dos religiosas: las hermanas Nazareth y Margarita, las cuales estaban en Concepción y en ningún modo querían separarse una de otra, al tiempo de ser designada la primera de ellas para realizar la nueva fundación. Es más, informada por algunas religiosas de la falta de observancia y clarísima relajación de estas dos hermanas reparadoras, M. Consuelo quiso dar cuenta de ello a la Superiora General; con tan mala fortuna que, escrita la carta, se le cayó en la capilla. Recogida por Nazareth, la leyó sin escrúpulo alguno, negando siempre que la dicha carta obrara en su poder.

13. Así leemos en el citado *Libro de Registro*, n. 1, p. 102.

14. En este lugar el nombre con que aparece citado el célebre capellán es el de «Emiliano»; mientras que en el *Libro del Colegio de Miraflores* le llaman simplemente «Emilio».

15. El *Libro de Registro* vuelve a constatar, punto por punto, el desagradable incidente protagonizado por el levantisco y neurótico capellán; la acertada actuación del jesuita P. Jacinto García, que era, además, confesor suyo; la reducción a la obediencia de las religiosas rebeldes; la expulsión fulminante de don Emiliano, que se fingió enfermo en la noche de autos, etc...

16. Aparte la expulsión referida del capellán, fue expulsada igualmente de la comunidad la M. Esperanza Grassi, de nacionalidad italiana, cabecilla de rebelión.

Pequeñas cosas; cosas menudas que purificaron más y más el espíritu selecto de nuestra Venerable. «La estocada a mansalva», según leemos en el *Libro de Registro*, le llegó cuando, reunidas en conciliábulo estas dos religiosas citadas, junto con M. Sofía, entre las tres redactaron una carta llena de infamias y calumnias contra la Vicaria, la cual, al leerla, entristeciéndose en tal manera, que enfermó de gravedad. La perfidia de estas religiosas envenenó la sangre de M. Consuelo. Se repitieron los ataques de intoxicación y a punto estuvo de morir.

La llegada de M. Sofía, desde Concepción, con el fin de agredir a nuestra Vicaria y soliviantar contra ella a toda la comunidad, habrían concluido con aquella preciosa existencia; pero el estado de máxima gravedad en que se encontraba y, también, el que no se le permitiera a la rebelde la entrada en la celda de la paciente, evitó la realización del plan trazado por estas desgraciadas hermanas.

M. Consuelo recibió un gran alivio con la llegada de M. Teresa del Sagrado Corazón. Se la mandó luego a descansar y reponerse a Chosica y, de este modo, para el comienzo del curso de 1927, ya estaba dispuesta a dar sus clases de gramática y de religión.

Los últimos años de la vida los pasó nuestra santa Hermana siempre al pie del cañón, en el cargo de Vicaria del Perú, sobreviviendo a la M. Fundadora y siendo ella la encargada de dar cauce legal a la sucesión en el cargo de Superiora General, como queda escrito en otro lugar.

M. Consuelo murió en Lima el día 3 de septiembre de 1966. El vacío que dejó en su Comunidad fue grande. Todavía hay religiosas reparadoras que la recuerdan con inmenso cariño y no menor gratitud. Era una monja ejemplar —me decían—, una santa de verdad.

## V. LEONOR FUCHS (M. María del Divino Corazón)

*«Ver a esta Madre, es ver a otro Cristo en la cruz»*

Al igual que su hermana María del Consuelo, Leonor Fuchs pertenecía a una familia distinguida de la mejor sociedad limeña. El apellido alemán ya sabemos de dónde procedía, y el de «Carrera» también.

¡Qué bella pareja formaron Mercedes y Leonor Fuchs! ¡Y cuánto hicieron por la Congregación Reparadora, a la que entrambas pertenecieron! El autor de este estudio ha pensado muchas veces, espigando en estas vidas y en la de M. María de la Paz, que por qué no le haría el Señor a M. Teresa del Sagrado Corazón el estupendo regalo de otras diez, siquiera otras diez como ellas, para formar el más hermoso cenáculo reparador del siglo XX y haber prolongado la labor de nuestra Fundadora y de las otras tres de fecha temprana hasta los confines del mundo. Con ellas se hubieran levantado casas en África, según fueron sus deseos, y en Estado Unidos, y en Ecuador, y en Inglaterra y hasta en Alemania.

Leonor Fuchs tuvo la dicha de contar con unos padres verdaderamente cristianos. Su madre Felipa tenía fama de ser una mujer santa y modelo de piedad, rectitud y sencillez. Su padre, el señor Fuchs, también la tenía de hombre emprendedor y bueno, aunque, tal vez por lo segundo, se arruinara en los negocios, según vimos en la biografía de la M. María del Consuelo.

Lo que sí es seguro —y de ello tenemos claros testimonios en varias cartas— es que Leonor era la preferida de su padre. Y bien que se lo demostraba con un cariño especial. Su dulce hijita le recompensó con creces cuidando de él solícitamente hasta el día de su muerte.

Cosas lindas nos han dicho, durante nuestra estancia en el Perú, de esta religiosa. Era de agradable presencia, cuando joven, y más de un muchacho se fijó en ella para llevarla al altar.

Pero cuántos secretos se llevaría al sepulcro Monseñor Matorelle, su confesor, sobre el particular.

Ella, Leonor, comulgaba en San Pedro Nolasco. Se quedaba luego unos instantes en oración con las manos juntas y allí, en aquella iglesia, y tras aquellos momentos, iría madurando su vocación religiosa. Vocación y camino en la que le había precedido su hermana Mercedes, más conocida en la Congregación Reparadora por el nombre de María del Conseulo, nuestra digna y ejemplar Vicaria General en el Perú.

Había nacido en la ciudad de los Reyes un 25 de febrero del año 1885. Era hija, como la anteriormente citada, del comerciante alemán Pablo Fuchs y de la peruana Felipa Carrera <sup>17</sup>. Su hogar, que ya conocemos, distinguido y respetable, tuvo la desgracia de perder al jefe, el 4 de febrero del año 1910. Leonor que, desde la partida de su hermana Mercedes para el claustro, había concertado, asimismo, su ingreso en el Instituto Reparador con la M. Teresa del Sagrado Conrazón, tuvo que ir demorándolo, sin que conozcamos los motivos <sup>18</sup>; hasta que, por fin, se decidió a realizarlo el 14 de junio de 1914.

Leonor —nos dicen los que la conocieron de muchacha— era bajita y gordita, pero bien proporcionada. De tez morena, rostro aguileño, ojos negros y chiquitos, de facciones regulares, frente ancha, cabello negro y de conjunto muy agradable, si bien la expresión de su fisonomía era regularmente triste y meditabunda <sup>19</sup>.

Era y fue siempre un alma bondadosa y agradecida; de espíritu reposado; de carácter algo susceptible, que exteriorizaba en copioso llanto; lo que producía embarazo y desazón en cuantas personas estaban a su alrededor. La Fundadora, en plena confianza, se lo hizo notar, y era de ver cómo hacía los máximos esfuerzos por corregirse. En esto, era ejemplar.

---

17. En otro cuaderno leemos que nació el 27 de febrero de 1883.

18. La Fundadora apunta que no fue por «razones», sino por pretextos «fútiles». No sé hasta qué punto tendría razón.

19. Efectivamente, esa es la impresión que uno saca cuando contempla cualquiera de los retratos que abundan en el colegio «La Reparación» de Miraflores.

Dotada de una inteligencia muy despierta, su instrucción era bastante completa, habiendo cursado toda la enseñanza primaria, pero sin conseguir el diploma.

Era una pequeña artista y hacía las delicias de las compañeras tocando el piano, el melodio, la guitarra y hasta el violín. Para un colegio, donde se da importancia a las artes, estos elementos se cotizan siempre a muy alto precio y son de inestimable valor. De hecho, Leonor Fuchs, dondequiera que vaya, enseñará piano y teoría de la música, con gran éxito entre las alumnas de tercer año de primaria.

Hablaba, además, correctamente el inglés y lo enseñaba en los colegios.

Leonor Fuchs era una mujer abnegada, con aptitudes sorprendentes de enfermera. Lo que se manifestó muchas veces en el cuidado especial de los enfermos.

Para completar su retrato, tenemos que decir que en «tejidos de croche» y en otros bordados hacía verdaderas maravillas.

Cuando ingresó en el Instituto Reparador, en su toma de hábito, efectuada el 22 de noviembre de 1914, deseó que su nombre fuera, en adelante, el de Sor María del Divino Corazón. Precioso nombre, cargado de símbolos y que trató de no defraudar. Su consagración temporal la hizo el 31 de diciembre de 1916, y su votos perpetuos el 12 de enero de 1920.

Ya antes de que se cumplieran estas fechas solemnes en su vida, la Superiora General escribía en el *Libro de personal* que la religiosa Fuchs Carrera desempeñaba con todo éxito las clases encomendadas y que se podía tener toda confianza en su lealtad y adhesión al Instituto y a sus superiores. Y como, además, tenía una conciencia muy timorata, esto mismo aseguraba su fidelidad para con Dios y para con su Congregación.

Mujer piadosa y mortificada, muy seria en el cumplimiento de sus obligaciones, con anhelo de perfección religiosa, de buen criterio y con un espíritu de caridad envidiable, se le nombró apenas profesa de votos perpetuos, Asistente de la Comunidad de San Pedro Nolasco, de Lima; cargo en el que se mostró igualmente abnegada y deseosa de servir a su Congregación.

Por el año 1924, la Superiora General se encontraba de visita en el Perú. Aprovechó para hacer los Ejercicios Espirituales con la comunidad de Miraflores. Terminados éstos, nombró superiora de la casa a Sor María del Divino Corazón, como recompensa y por los buenos servicios que había prestado a la citada comunidad cuando tuvo que hacer de superiora durante la rebelión interior en la que echaron de la casa a la M. Rosa Mercedes y a su sobrina Emilianita por intrigas del capellán Domínguez y de la que fue Sor Magdalena Quirós y Pérez <sup>20</sup>.

---

20. Aquí nos enteramos de que Sor Magdalena era natural de Panamá. En una especie de catálogo, hecho a mano por la Fundadora, encontramos los datos de esta nefasta religiosa panameña, la cual ingresó en el Instituto Reparador el año 1917, emitiendo sus votos el 16 de enero de 1921, y la profesión perpetua en el mes de enero de 1923. Esta religiosa que en el siglo se llamaba

La actuación, entonces, de Sor María del Divino Corazón, en la que, por ser harto delicada, necesitaba de una ayuda constante de Dios, mucha virtud y no menos entereza de ánimo, no dejó nada que desear. «Sufrió mucho la pobre Madre —leemos textual en el *Libro de Registro*— con las revolucionarias que quedaron con la farisaica de la M. Magdalena, quien trataba de engañarla, así como lo había hecho con las otras Madres del Consejo, y particularmente con la pobre M. Rosa Mercedes, quien, no conociendo sus intrigas, seguía escribiéndola desde Europa cartas cariñosísimas como si hubiera sido para con ella una hija fiel»<sup>21</sup>.

Sor María del Divino Corazón, avisada y prudente, y que iba estudiando a esta criatura de carácter astuto y «atornasolado», recibió la ingrata misión de despedirla de la Congregación en junio de 1926.

Cón la salida de esta religiosa, la tarea de la superiora de la comunidad de Miraflores se hizo mucho más llevadera y también mucho más eficaz. Mantuvo, en adelante, a las religiosas en la estricta observancia y aquéllas la querían como a una verdadera madre.

Durante su gobierno, se estableció en la iglesia la Adoración diaria de su Divina Majestad. Y como fueran muchos los adoradores, se pidió a la Superiora General el establecimiento de la Asociación externa de Reparación. Se hicieron las debidas diligencias ante el señor arzobispo de la diócesis, el cual nombró como director de dicha asociación al mismo capellán de la comunidad, R. P. Saturnino de María Virgen, pasionista.

Organizada la Junta Directiva y los Coros de Adoradores, fueron recibidas las primeras socias el día 19 de junio de 1927. Sor María del Divino Corazón desplegó una enorme actividad en esta tarea; hasta el punto de hacer ella misma las insignias, comprometiendo a las personas para mantener el fervor por el Santísimo Sacramento y dando todo el culto posible a Dios Nuestro Señor en la humilde, pero limpia y bien ordenada capilla reparadora de Miraflores<sup>22</sup>.

Una pena tenía en su bello corazón nuestra bonísima religiosa para que su humildad creciera ante los éxitos conseguidos: su madre estaba gravemente enferma y a falta de asistencia. Enterada de esta última circunstancia la Superiora General, le proporcionó el consuelo de ir a verla varias veces, mostrándose Sor María del Divino Corazón sumamente agradecida por esta fina concesión de la M. Teresa.

---

Rosa Catalina, fue expulsada de la Congregación «por coqueta —leemos textual—, falsa, y por haberse comprometido en una confabulación contra sus superiores». Cf. *Registro de Religiosas*, m.s., n. 146. A.G.R.

21. *Libro de Registro*, n. 1, f. 4v.

22. Una de las cosas que más me llamaron la atención durante mi estancia en el Perú y con residencia habitual en el colegio «La Reparación», fue el culto externo de la capilla del colegio, ubicado en este rico e importante barrio o distrito de Lima; las misas diarias, la asistencia de muchos fieles a las mismas y a las devociones propiamente eucarísticas, etc.

Y aquí tenemos a nuestra pequeña reparadora cuidando a su madre, la señora viuda de Fuchs. Ninguna enfermera lo hubiera hecho mejor, pues a las dotes magníficas que tenía para este ejercicio, se unía el de un cariño sincero y filial.

Dios no quiso que estuviera en el momento preciso de su muerte. Cumplido su deber, el 15 de julio de 1927, después de haber pasado la noche al lado de su querida enferma, habiéndose producido un alivio transitorio dentro del estado de gravedad, marchó a su convento de Miraflores, y fue en este preciso momento cuando falleció la buena madre de nuestra religiosa, doña Felipa Carrera de Fuchs.

Llamada con toda urgencia a Lima, al ver a su madre ya cadáver, sin que ella hubiera podido recibir su último suspiro y acaso su último beso, lejos de alterarse, se mostró como una auténtica religiosa reparadora, al lado de su hermana, Vicaria General a la sazón y cuya vida ya conocemos, M. María del Conseulo, rivalizando ambas en espíritu religioso y dando así, en torno suyo, un gran ejemplo de sólida virtud y de resignación cristiana.

Junto al cadáver permaneció, sin que nadie pudiera arrancarla de allí, hasta que se llevaron los restos queridos a su última morada en la tierra.

Felipa Carrera de Fuchs descansaba ya en el Señor. Excelente esposa y modelo de madres, teniendo que sacar adelante una numerosa prole, seguramente que se llevó a la tumba la pena de no haber podido dar a sus hijas la dote que las había prometido en caso de cambiar su situación económica. Dios, en sus inescrutables designios, pidió a todos este sacrificio como mayor y más íntima purificación. Nunca hubo precio y dote de más valor en el Instituto de Reparadoras del Sagrado Corazón como el ejemplo de virtud y de trabajo de estas dos magníficas y venerables religiosas: M. María del Consuelo y María del Divino Corazón.

Vuelta a la vida normal, Sor María del Divino Corazón fue capaz de presentarse a exámenes de grado, a fin de obtener el Diploma de Maestra y hacerse, de este modo, más útil a la familia religiosa, cuya estimación y cariño poseyó siempre en alto grado. Contenta y satisfecha podía estar de esta religiosa la M. General, la cual escribe diciendo que contaba con ella «como con una leal, fiel y cumplida hija». Esto no podría decirlo, por aquel entonces, de tantas otras religiosas que le estaban proporcionando serios disgustos.

Espigando en la vida de esta ejemplar reparadora, bien podemos decir de ella —al tiempo que le hacemos este retrato moral y bosquejo biográfico— que fue humilde y servicial, sencilla y bondadosa; constante y ejemplar en el cumplimiento de su deber.

Como profesora del colegio de Miraflores, quizá el mejor elogio que podemos hacer de ella sea el que vemos escrito: «Enseñó formando y amó enseñando».

Como superiora tantos años del citado colegio de Miraflores, el recuerdo que aún pervive y lo que nos han contado de ellos cuantas la conocieron y deben a ella su vocación reparadora, es que se mostraba siempre cariñosa y ama-

ble; inspirando siempre la mayor confianza y despertando el mayor respeto a su alrededor. Un testimonio vivo hoy nos dirá: «La encontramos siempre en las horas de la necesidad espiritual y material y su alma vibró al unísono con los ideales juveniles». Religiosa abnegada y ejemplar, dedicó su existencia a adorar a su Jesús del Sagrario y tendió la mano al necesitado. Maestra insigne y educadora sin par, lleva su apostolado hasta el fin y al marcharse, nos deja este inmenso hogar, este Colegio (el de Miraflores) por el que ha delirado hasta ayer y en cuyo seno se tejerán por mucho tiempo las benditas coronas de su recuerdo. La Madre María del Divino Corazón vivió para el Divino Corazón y, siguiendo las sendas del Maestro, irradió luz donde veía sombras y prodigio consuelo donde encontró lágrimas<sup>23</sup>.

Las que tuvieron la dicha de vivir a su lado, experimentaban en ella un ansia de existencia terrena, pero pensando cerca del cielo. «Pocas veces —dice un testigo—, pocas veces en la vida se logra encontrar un alma donde brille el compendio de todas las virtudes, un alma como la que ella, que al volar al cielo, deja entre estos muros testigos de sus hondos desvelos, la deuda incancelable de su saber y de su bondad».

M. María del Divino Corazón era una mujer, además, inteligente. Ya hemos dicho que poseía el Diploma en Ciencias exactas, en Religión y en Dogma; y un mes antes de morir, como lo vemos en una fotografía, se sentaba solícita en su mesa de estudio para preparar la clase que dictó, con ejemplaridad única, hasta terminar el curso de 1958.

Profesora exigente en el cumplimiento del deber, las alumnas, sin embargo, la recuerdan todavía<sup>24</sup> como a una verdadera madre. No sabía fingir y estaba siempre dispuesta a dar pruebas de la bondad de su corazón.

M. María del Divino Corazón, llamada a las primeras y más difíciles horas fundacionales, amaba entrañablemente a su Instituto. Valdría la pena publicar la abundante correspondencia que mantuvo a lo largo de muchos años con la M. Fundadora y que se conserva en el Archivo Generalicio de Roma. Es admirable contemplar, por un lado, cómo la M. Asistente anima, estimula y acompaña en sus éxitos y en sus fracasos a la Superiora General; y por otro, cómo M. Teresa del Sagrado Corazón felicita, año tras año, una y otra vez, a su fiel colaboradora en el Perú por la fiesta de la Primera Comunión del colegio de Miraflores, por el aumento de la matrícula en el mismo, por el éxito alcanzado por sus alumnas en pruebas del Estado que, con ser muchas, todas ellas sacaban notas altas y batían todos los «records» en los exámenes que las exigían.

Un testigo ocular dice que, siendo Consejera General, era la última en ha-

---

23. Testimonios tan hermosos como éste se prodigaron a raíz de su muerte y fueron recogidos por una religiosa, que ocultó su nombre, aunque sepamos quién es y sea un secreto a voces en la Congregación, en el florilegio publicado con el título *Auras de Reparación*.

24. Soy testigo de ello y en mi viaje al Perú pude hablar con algunas exalumnas del colegio «La reparación» que la recuerdan con verdadera devoción y cariño.

blar durante las reuniones del Consejo; y lo hacía con tal prudencia, que en decisiones importantes prevalecía su criterio santamente humano.

Guardaba el mayor respeto y compostura para con los superiores. M. María del Consuelo Fuchs, Vicaria General del Perú, decía de ella: «A pesar de ser mi hermana, siempre me ha tratado con gran respeto. Jamás ejecutó cosa de importancia sin consultarme y obedecía exactamente hasta las más leves insinuaciones».

Amante de la buena música, en sus ratos libres, gustaba de enseñar a las monjas los cánticos que luego ejecutaba de modo admirable en la capilla.

Alma reparadora, trabajó incansable hasta ver establecidas entre los fieles la citada «Adoración Reparadora» y la «Archicofradía de los Jueves Eucarísticos», junto con los «Cruzados» entre sus alumnas.

Y en sus largos coloquios con Jesús Sacramentado, se le oía decir: «¡Oh Jesús, ultrajado y llagado por mí! Yo quisiera ser ultrajada y martirizada por Vos... ¿A quién deberá amar con más ternura mi alma sino a Vos, Dios mío, tan maltratado y llagado por mí?».

Dios la quiso premiar en este mundo con una larga enfermedad que llevó no sólo con resignación, sino de un modo heroico y sin hacer ostentaciones de la misma, para seguir cumpliendo sus obligaciones del colegio.

«Que Dios le pague, querida Madre —escribía a M. María de la Paz—, el gran cuidado que tiene por mi salud. Dejemos a Nuestro Señor que haga como Él quiera. Deseo poder reparar los años de mi tan tibia vida religiosa».

Esto lo decía tres meses antes de morir. Y esto solamente lo dicen las almas grandes en una gran humildad.

Ya en los últimos días, postrada en el lecho del dolor, escribía a su Superiora General: «Sólo siento los gastos que tienen que hacer por mí. En cuanto a lo que pueda sucederme, no se preocupe, Madre, lo ofrezco todo, en espíritu de reparación, por mis pecados e infidelidades para con Dios».

Y de la labor que seguía haciendo desde su cama, ved lo que escribían las hermanas: «Desde su cama, dicta normas para la buena marcha del colegio».

«Estamos transidas de dolor, pues la vemos acabarse con rapidez vertiginosa; encanta su tranquilidad y la resignación con que sobrelleva tan gravísimos dolores».

Una de ellas escribe: «En medio de sus agudos dolores, me recibió con gran cariño, interesándose por mis cosas. Me hace recordar lo que decía Santa Teresita: No me da pena ver sufrir a las almas más santas, porque ellas dan gloria a Dios».

Y una tercera: «Tenemos el corazón lleno de amargura, pero a la vez consolado, pues estamos sumamente edificadas de ver sufrir a una Santa. Verdaderamente es inverosímil lo que la Madre pasa con esta cruel enfermedad. Ya tiene todo su organismo afectado; es una muerte lenta, o mejor dicho, un martirio lo que la pobre enferma padece».

«Ver a la Madre —añade otra—, es ver otro Cristo clavado en la cruz».

Y siguen los testimonios. «Desde que se le fracturó el fémur, está siempre

en la misma posición. Ya no puede servirse para nada de sus miembros y conserva siempre lúcidas sus facultades; el sufrimiento moral debe ser inmenso. ¿Qué decir de nuestra querida enferma? Ella sonríe en sus dolores. De sus labios sólo sale esta santa palabra: Cúmplase en mí la voluntad divina».

«La M. María del Divino Corazón es una santa».

Y se nos fue un día al cielo, por el que tanto suspiraba. Fue el 31 de enero de 1959.

El Rdo. Rodolfo Garro, que la atendió espiritualmente los últimos días de su paso por la tierra, nos ha dejado escrita una bella página como homenaje y a la vez testimonio de una vida ejemplar: «Tuve la dicha —escribe— de atender espiritualmente en sus últimos días y momentos a esta buena religiosa, a esta Sierva de Dios. Antes de trasladar sus benditos restos a su última morada, siento el deber de realzar muerte tan edificante y santa, para consuelo de sus hijas y edificación nuestra. ¡Cuán cierto es que la muerte es el reflejo de la vida! A una vida austera, sacrificada, eucarística, toda impregnada de Cristo, corresponde una muerte serena, paciente, con el pensamiento en Dios, en la Eucaristía, en el Cielo.

Extinguidas ya sus fuerzas, procuraba recuperarse, y oímos con cuánta dulzura pronunciaba los benditos nombres de Jesús, María y José.

No aceptaba calmantes que pudieran adormecer sus facultades en las horas precedentes a la Comunión, pues la Comunión diaria fue deseo ardiente de su corazón, y en su última pudimos oír de su voz, ya casi imperceptible, aquella preciosa estrofa de nuestros cantos populares:

«Ven, Hostia Divina,  
Ven, Hostia de Amor;  
Ven, haz en mi pecho  
Perpetua mansión».

Como el árbol que inclina sus ramas fecundas hacia la tierra para entregarle sus frutos, así la Madre Fuchs doblaba sobre la almohada su frente tronchada por la cruel enfermedad y de sus labios temblorosos brotaban los frutos maduros de su ejemplar vida religiosa, de su cristiana resignación...

Los que por nuestro ministerio sacerdotal estamos acostumbrados a presenciar la muerte de muchos cristianos, podemos asegurar que no se muere así en el mundo.... ¡Qué suerte la de esta santa religiosa! Abrazada a la pesada cruz de sus indescriptibles padecimientos, pronunciando los dulces nombres de Jesús y de María, durmió apaciblemente el sueño de los justos.

Abrigo la firme confianza de que la Santísima Virgen llevó su alma al cielo sin pasar por el purgatorio. ¡Que el ejemplo de la Madre María del Divino Corazón nos impulse a vivir cristianamente, para morir santamente»<sup>25</sup>.

A raíz de su muerte, fue escrito un sencillo y bello homenaje; un recuerdo y una plegaria. Y con ello, un bello ejemplo a seguir de amor a Jesús Sacra-

25. *Auras de reparación*, p. 10-11.

mentado. Por eso, a mí me suenan muy bien las palabras donde se dice «y que nuestro vivir sea como el suyo: un incienso que se quema ante el altar de Dios, una oblación perpetua y una inmolación constante de nuestras vidas; a fin de que nuestro morir sea como el de esta humilde y santa sierva de Dios».

El folleto viene impregnado de bellas frases tomadas de la Sagrada Escritura; traídas unas muy a propósito de esta ejemplar existencia; y otras, no tanto; pero que encajan bien con los fines que se propuso la autora.

«Caminando por las sendas de la justicia, hemos gustado los dulces frutos de la Verdad y de la Paz».

Sí; esto está muy bien. Y dice muy bien con el quehacer de Leonor Fuchs Carrera, en religión, M. María del Divino Corazón.

Terminemos este breve elogio con una frase que escribiera la que entonces regía los destinos de la Congregación Reparadora. Era la M. María de la Paz, que escribía desde Roma a su Vicaria en el Perú y le decía: «Me emociona la gran bondad de la M. María del Divino Corazón».

## VI. MARÍA CELINDA DE CASTAÑEDA Y COELLO (M. Rosa Mercedes)

### *Ejemplo de virtudes religiosas*

Era —digámoslo desde el principio— la hermana de M. Teresa del Sagrado Corazón y se llamaba en el mundo María Celinda de Castañeda y Coello. Por fidelidad y cariño hacia la Fundadora del Instituto Reparador, adoptó su mismo nombre —el que esta última tenía de pila— al tiempo de profesar en el mismo.

Había nacido en la ciudad de Jauja el 3 de enero de 1863. Contaba, pues, ocho años menos que su hermana.

Residente su familia durante algunos años en Europa, completó aquí su educación, aprendiendo correctamente el francés, el italiano y algo de inglés. Cuando regresó al Perú, llevaba ya la idea de hacerse religiosa y de buena gana hubiera entrado en la Congregación de la Sagrada Familia, en Burdeos, donde se encontraba su hermana mayor Rosa Mercedes, con el nombre religioso de Sor Teresa.

Pero fue precisamente ésta quien le aconsejó que esperara a que se realizasen sus planes fundacionales y entrara luego con ella en el nuevo Instituto, que en su mente y corazón ya existía.

Sin embargo, María Celinda, una vez en Lima, no pudo esperar por más tiempo e ingresó en el colegio de Belén, de los Sagrados Corazones.

Fundado el Instituto de Reparadoras, nuestra protagonista, llena de celo, de abnegación y animada de los mejores deseos de ayudar a su hermana Sor Teresa del Sagrado Corazón, pidió permiso a sus superiores para salir de su primera comunidad e ingresar, de momento interinamente, en el convento de San Pedro Nolasco, donde acababan de instalarse definitivamente las primeras profesas.

Era el 27 de diciembre de 1897. La M. Teresa del Sagrado Corazón, queriéndole dar una prueba de estima y de cariño, y como agradecimiento a su abnegado propósito de ayudarla en su fundación, la nombró Vicaria y la puso al cuidado de la sacristía.

María Celinda, o Sor Rosa Mercedes, tenía un porte exterior agradable. Era de mediana estatura; más bien baja y algo gordita; carirredonda, blanca y sonrosada; de tez muy limpia; de ojos oscuros; nariz chata; boca pequeña y labios muy finos y delgados.

Había recibido una educación esmerada, al igual que su hermana mayor; educación que, a juicio de esta última, había ido perdiendo con el contacto de la gente vulgar <sup>26</sup>.

Mujer culta, diplomada, se ocupó durante largos años a la enseñanza religiosa y de otras disciplinas en el colegio de los Sagrados Corazones de Belén, donde fue muy apreciada de la Comunidad y muy querida de las alumnas.

Se nos dice que tenía un carácter fuerte, o como diría la propia Fundadora, «fosfórico, que no se apaga fácilmente». Extremadamente susceptible e impresionable, sufría mucho por ello y hacía sufrir a las demás. Era, también, un tanto celosa; defecto éste que le hacía ver ofensas que nadie pensaba en hacerle y que, en ocasiones, le llevaban a perder los estribos incluso en las relaciones con la autoridad.

Pero era una mujer de altos valores espirituales y morales. De temperamento sanguíneo y hasta nervioso, estaba dotada de un espíritu abnegado hasta el heroísmo. Habilísima para la asistencia a los enfermos, hubiera sido una excepcional enfermera. Con cualidades para la enseñanza y muy apta para los trabajos manuales, fue un elemento de primera calidad en las comunidades donde vivió.

Al tiempo de escribir M. Teresa del Sagrado Corazón la reseña de su vida, María Celinda de Castañeda sufría fuertes dolores de cabeza, llegando incluso a perder la memoria y necesitando de una vida totalmente en reposo.

Después de dos años y medio de permanencia en el Instituto Reparador, recibió la visita de dos antiguas superiores suyas del citado colegio de los Sagrados Corazones de Belén. Una de ellas era nada menos que la Visitadora General de la Congregación, la cual no quiso terminar su mandato en América sin dejar regularizada la situación de Sor Rosa Mercedes. Por lo que pidió a la M. Teresa del Sagrado Corazón que aconsejara a su hermana volviera a su antiguo colegio de Belén; como así lo efectuó el 17 de julio del año 1900. Ya de vísperas, había recibido su hábito blanco. De manera que regresó a su antiguo convento conforme había salido de él.

Durante el trayecto, Sor Rosa Mercedes entregó a su hermana que la acompañaba el anillo que, en atención a su cargo de Vicaria, aquella le había donado al tiempo de ingresar en el Instituto Reparador. El anillo era, por

---

26. Esta apreciación la recogemos del *Libro de Registro*, n. 1, p. 52.

aquel entonces, entre las religiosas reparadoras, como el símbolo de perpetua alianza con el Instituto abrazado.

El 16 de julio del citado año, es decir, la víspera de su salida, Sor Rosa Mercedes había escrito una carta a sus hermanas religiosas reparadoras en la que exponía los motivos de su marcha. «Pocas horas antes de separarme de ustedes —dice textual—, he sentido en lo íntimo de mi alma que podía dejarles en pocas palabras mi triste adiós... Tengo el corazón oprimido... Lloro con Vds. y con mi muy querida hermana <sup>27</sup>, a quien veo grande en el sentimiento, y resignada a aceptar los designios del Dueño adorado a quien tan indisolublemente estamos unidas. Sí, tuyas somos y lo seremos hasta la muerte... Ánimos, pues, queridas hermanitas; sigan con valor el camino que han comenzado. Dios no las abandonará... Sean de esas poquitas almas que, muriendo a sí mismas, a cada momento puedan consolar a Jesús; a ese Jesús que tanto ha sufrido por cada una de nosotras. Sean almas generosas, valientes y abnegadas. Amen a su Instituto como parte de su vida...» <sup>28</sup>.

Mucho sintió la Fundadora la marcha de su hermana, ya que le había prestado valiosos servicios en días de lucha y de dura brega fundacional. Pero la M. Teresa tenía como norma de su vida la voluntad de Dios, y lo aceptó generosamente, como reconoce su misma hermana. Sabía, por otra parte, que cualquier día podía ocurrir esta salida de San Pedro Nolasco, al que María Celinda de Castañeda y Coello ayudaba con el dinero que tenía de su herencia paterna.

Lo que no se esperaba M. Teresa era que otro día cualquiera, pero no lejano, el P. Frezal Rigal, superior de la Congregación de los Sagrados Corazones, se le acercó al humilde locutorio reparador a pedirle que permitiera regresar a Sor Rosa Mercedes y esta vez de modo definitivo. Por su parte, el P. Francisco de Sales Soto, recién nombrado obispo de Huaraz, se ofreció en su próximo viaje a Roma a ocuparse de la tramitación del expediente ante la Sagrada Congregación de Religiosos, la cual le concedió ampliamente por decreto del 29 de diciembre de 1903, dispensándole del Noviciado, a juicio siempre del obispo de la diócesis, a la sazón Monseñor Manuel Tovar.

Monseñor Tovar, siempre haciendo honor a su fama, no le permitió el regreso al Instituto de la Reparación sin hacer antes medio año de postulante.

La ceremonia de su oblación perpetua en el nuevo Instituto se verificó dentro de la mayor sencillez. Con ello, María Celinda de Castañeda, o mejor ya, Sor Rosa Mercedes, se pertenecía totalmente a la Congregación fundada por su ilustre y querida hermana Teresa del Sagrado Corazón. Y aunque muchas veces le asaltarán las dudas sobre aquella vocación, según podemos leer en el *Libro de Registro*, supo vencerlas todas y ser un elemento valioso y acti-

27. M. Teresa del Sagrado Corazón.

28. Carta de M. Rosa Mercedes. 16 de julio, de 1900. A.G.R. p/s.

vo, generoso y fiel para su nueva y, en parte, antigua comunidad y, de modo especial, para la M. Fundadora y Superiora General del Instituto.

En el primer Capítulo General del año 1911, nuestra M. Rosa Mercedes fue elegida Asistente General. Más tarde, fue nombrada Secretaria y Maestra de Novicias; cargo que desempeñó con verdadera abnegación y sacrificio, pues, como señala la M. Teresa, el carácter latino-americano es bastante refractario a admitir una sólida formación religiosa, como exigía la Maestra <sup>29</sup>.

En julio de 1914 se le nombró interinamente superiora del colegio de Miraflores, cargo que vino a duplicar su trabajo y, por lo mismo, sus preocupaciones, haciéndola muy merecedora a las consideraciones del Instituto.

La Fundadora reconoce que en este cargo dio las mayores pruebas de exquisito tacto y discreción con motivo de encontrarse en aquella casa la que fue, en su tiempo, M. María de la Aurora, y en el siglo Hortensia Pardo, elemento nocivo y pernicioso cual ninguno para la Congregación <sup>30</sup>.

Por el año 1917, nuestra M. Rosa Mercedes continuaba firme en sus puestos y con el cuidado de atender a su madre, la señora Castañeda, enferma y delicada. Muerta ésta en 1919, podía quedar tranquila y con la seguridad de que la había atendido como la mejor de las hijas; por lo que ya pudo redoblar sus esfuerzos en el delicado cargo de Maestra de Novicias y teniendo que actuar al mismo tiempo de Vicaria, en ausencia de la M. Teresa del Sagrado Corazón que, por aquel tiempo, se movía por Europa.

El siguiente párrafo, salido de la pluma de la Superiora General, no tiene pérdida: «De nuevo manifestó su abnegación religiosa tomando a su cargo las clases superiores y encaminando a la Comunidad al cumplimiento del deber. Tuvo mucho que sufrir con las religiosas que formaban entonces esa Comunidad (la de Miraflores), por las rivalidades entre ellas, queriendo ser todas las preferidas y también porque querían ser tratadas como la señorita Emilianita Tovar, sobrina de la Madre» <sup>31</sup>.

M. Teresa, que contemplaba desde Europa aquel triste espectáculo, decidió dar un golpe de mano maestra y ejemplar: mandó a la superiora que enviara a Lima a todas las religiosas de Miraflores, pues se habían embarcado en Génova para sustituirlas seis religiosas europeas: tres italianas y tres españolas. Pero M. Rosa Mercedes, poquito de genio, o acaso más prudente en este caso que la General, no tuvo valor para encontrarse sola con las europeas, a

29. *Libro de Registro*, n. 1. p. 55.

30. Esta mujer vive todavía en Lima, muy anciana, como en otro lugar de este artículo queda apuntado, y providencialmente he tenido ocasión de hablar largo y tendido con ella de muchos asuntos referentes a la vida de M. Teresa del Sagrado Corazón.

Por supuesto que, al cabo de tantos años, han cambiado mucho las circunstancias, y estando como están las protagonistas en el cielo, la señorita Hortensia Pardo está en su derecho de contar las cosas a su modo. Este cronista se reserva el juicio de decir quién tenía razón; pero es posible que nuestra venerable M. Teresa exagerara un tanto en el juicio aquí emitido sobre esta exreligiosa reparadora, pues, según ella, hasta «celillos» había y todo de por medio.

31. *Libro de Registro*, n. 1., p. 55.

las que no conocía de nada. Por lo que pidió a su insigne hermana y superiora mayor le permitiera quedarse con M. María Magdalena.

Y aquí, uno no sabría decir si fue peor el remedio que la enfermedad. Porque Sor Magdalena trató de ganarse desde el primer día a aquel grupo y aun a su capellán, el cual también había embarcado en Génova y venía tramando durante la travesía la idea de separarse del Instituto, para fundar una rama distinta de reparación exclusivamente española.

El plan tenía visos de comedia y aun de astracanada. Sor Magdalena sería, por supuesto, la primera superiora. El grupo, sintiéndose unido y fuerte, echaría por la borda toda la labor de las célebres hermanas Castañeda y, en el momento oportuno, escaparían del convento, presentándose al señor arzobispo en demanda de protección y aduciendo acusaciones inverosímiles contra la superiora limeña.

Cómplice de primera fila fue una religiosa española<sup>32</sup>, la cual servía de medio para ir armando clandestinamente el complot.

M. Vicaria, que ya tenía algún conocimiento de este movimiento subversivo, hacía de vez en cuando una visita a Miraflores con el fin de templar los ánimos de las recién llegadas de Europa, las cuales estaban todas ellas en abierta rebelión contra la superiora, M. Rosa Mercedes.

El capellán, por su parte, seguía torturando con sus pretensiones a nuestra protagonista, a quien trataba de ganar para su partido y de la que no había recibido más que bendiciones y favores<sup>33</sup>.

Por fin, en el mes de abril de 1924, quedó al descubierto todo el complot, que hubiera constituido un grave escándalo para el público y el desastre para Miraflores, de no haber intervenido a tiempo y muy sabiamente el jesuita P. Jacinto García, como un verdadero ministro del Señor; ya que las amotinadas echaron de la casa, de donde era legítima superiora, a la M. Rosa Mercedes, aguijoneadas por el capellán, el cual repentinamente se fingió enfermo y a altas horas de la noche daba gritos llamando a un médico.

Por cierto, que el doctor vino enseguida; pero se dio cuenta del truco y de que toda aquella enfermedad no era más que un ataque de nervios al no haber podido llegar a realizar sus innobles proyectos<sup>34</sup>.

Pero a M. Rosa Mercedes no le quedó más remedio que huir, en compa-

32. Por caridad y discreción no transcribimos aquí el nombre de esta religiosa, ya que vive aún, muy ancianita y venerable.

33. Por la historia particular del colegio de *La Reparación* de Miraflores, sacamos el nombre de este intrigante y atrevido sacerdote y que no es otro que el citado ya y conocido de nuestros lectores Emilio, o Emiliano, Domínguez, capellán más tarde por bastante tiempo de la comunidad referida.

34. Con la discreción y prudencia que el caso requiere debo y puedo decir en honor de la verdad que efectivamente, leyendo la crónica particular del colegio de Miraflores, he podido comprobar que todo cuanto se refiere aquí, en la vida de la hermana de la venerable Fundadora, ocurrió al pie de la letra, hasta en los mínimos detalles grotescos que acabamos de narrar y otros que, por delicadeza hacia las personas interesadas, me callo.

ña de su sobrina Emilianita, acaso la madre del cordero de todo este delicado asunto, llegando al convento de Lima a las seis de la mañana agotadas y casi exánimes. Ante tan grave situación, se cursó un cablegrama a la Superiora General y M. Rosa Mercedes embarcó precipitadamente a Europa. Ocurría esto por el mes de mayo del citado año 1924.

Otro tanto haría, sólo que a la inversa, la M. Teresa, sin que pudieran verse ni hablar ambas hermanas, contra las cuales se dirigía todo aquel complot.

M. Rosa hizo el viaje a la Ciudad Eterna en tren, una vez que hubo desembarcado en un puerto francés. Durante el trayecto, tuvo un agudo ataque de reumatismo, que impresionó hondamente a su sobrina Emilianita, que era quien la acompañaba, y aun a todos cuantos pasajeros iban en su departamento, cundiendo la noticia por el vagón en que iban.

Ya en Roma, fue recibida por la Comunidad con los brazos abiertos, colmándole de atenciones y tratando todas las religiosas de mitigar su profunda pena y su gran dolor, ya que se encontraba, además de sola, sin conocer a nadie, salvo a su amada y fiel sobrina.

Nombrada más adelante superiora de la casa de Roma, prestó un gran auxilio a la Congregación. Por rescripto especial de la Santa Sede, fue nombrada al mismo tiempo Maestra de Novicias de la misma casa romana.

Venerable en años y virtudes murió en esta comunidad y Casa-Procura el 10 de enero de 1955, cinco después de su ilustre hermana M. Teresa del Sagrado Corazón.

Nuestra María Celinda de Castañeda moría, después de una larga y penosa enfermedad, al igual que su hermana mayor, a los 92 años de su edad. Y como ocurrió con su santa hermana, a la hora de su muerte, nos van a decir todas las religiosas, comenzando por la cronista de Roma, que «durante toda su larga vida, nos ha dado ejemplo de virtudes religiosas; especialmente, estos diez últimos años en que ya no podía seguir en todo a la Comunidad se hacía llevar en la silla de ruedas a la capilla privada para hacer la oración de cada día y sus horas eran todas ellas ocupadas en este santo ejercicio, en la oración en la que continuaba aún en sus largas horas de insomnio».

Los detalles de su muerte, al igual que los de su hermana, cuyo nombre había adoptado en religión para más imitarla y estar a ella más unida en ideales de reparación y de apostolado, los encontramos en el *Diario de la Casa de Roma*.

Una agonía de 24 horas. Pero tranquilísima, sin movimiento alguno, con los ojos cerrados. Sólo la débil respiración daba a conocer a las religiosas que velaban junto a su lecho que aún vivía.

Y a las dos de la tarde, del día señalado, se marchó para siempre con el Padre y también con su querida M. Teresa del Sagrado Corazón. Seguramente que juntas alabaron a Dios y descansaron de tantas incomprendiones como sufrieron en la tierra. Seguramente que también se dirían una a otra sus equivo-

caciones. Porque las tuvieron. Y el cronista debe decirlo, para mayor santificación de sus almas, pues no eran ángeles y se santificaron con sus errores.

Poco después de expirar, se la vistió con su hábito negro y su correa, y se la colocó en un jergón, cubierto con una colcha blanca, en la sala que llaman de San Antonio, con cuatro cirios a sus cuatro costados. Personas amigas de la difunta y de la Comunidad Reparadora, enviaron gran cantidad de flores, que se repartieron por la estancia y regaron todavía su cadáver.

Pasó la noche del día 10 de enero. Al siguiente, de mañana, la cerraron en la caja y la llevaron a la capilla. Al siguiente día, el P. Aguitas, el mismo que la atendió en su larga agonía, nuestro buen mercedario que confesaba y sigue todavía confesando a la Comunidad, celebró la misa funeral y un responso cantado.

No se la regatearon honores para conducirla en paz al cementerio Campo Verano. Se lo merecía. Esto sí, la misa no resultaría tan solemne y tampoco estaría en sitio de honor ningún cardenal. Pero las oraciones y el valor del Santo Sacrificio no se miden por el esplendor externo y menos por la presencia de un capelo, por muy ilustre que él sea.

M. Rosa Mercedes descansaba junto a nuestra insigne Fundadora, M. Teresa del Sagrado Corazón. ¡De hablar las dos, qué de cosas se dirían!

—¿Te acuerdas, Rosa, de cuando me llamaste?... Yo, en principio, no quería. Tú bien lo sabes. Me encontraba a gusto donde estaba. En mi convento de Belén. Fuiste buena y comprensiva conmigo cuando decidí salir luego, para más tarde volver a tu lado. Por eso te lo agradecí tanto, que me impuse en religión tu mismo nombre de pila.

—Calla, hermana. Que ya todo pasó. Ahora, que estamos arriba, mira tú un poco abajo... ¿Ves?... Es nuestro querido y perseguido Instituto. ¡Cuánto necesita de nuestra protección y ayuda!...

—¿Y los demás, hermana Rosa Mercedes?... ¿Los nuestros del Perú?...

—Mi querida María Celinda, no sabes tú muy bien qué espinas más hondas me clavaron todos. ¡Y qué mal nos han comprendido dentro del convento y fuera de él por estos motivos!... Pero ya todo pasó, hermana. Dios es la única verdad, hermana querida. Dios la única justicia. Dios el único amor.

—Sí, hermana Rosa. Dios es nuestro único todo.

La señora condesa de Serono y la señora de Calderón prestaron sus coches para acompañarla todas las religiosas que cupieran en ellos hasta el cementerio. Al tiempo de cerrar el nicho, ya no estaba el P. Anzuini. Era el citado P. Aguitas quien rezaba el último responso y daba la última bendición a unos restos mortales que esperan la resurrección.

Pocos días después de la muerte de la M. Rosa Mercedes, la Superiora General escribía a la Vicaria del Perú: «Aquí sentimos el vacío que nos ha dejado la M. Rosa Mercedes. Nos consolamos rezando por ella»<sup>35</sup>.

35. Carta de la M. María de la Paz a M. Consuelo, 24 de enero de 1955. A.G.R. n/º.

## VII. PETRONILA NAPURI (Sor María de San José)

*La fidelidad a la M. Fundadora*

Es otra religiosa ejemplar de los primeros y difíciles tiempos fundacionales. Por eso, la traemos aquí.

Era peruana y nacida en Barranca el 28 de mayo de 1870<sup>36</sup>. Sus padres, Hipólito Napuri y Petronila Figueroa, constituían lo que se dice un hogar cristiano y desahogado. El matrimonio estaba y vivía la mar de animado con los siete hijos que el cielo le confiara: cinco preciosas niñas y dos varones.

Petronila había venido la última, como regalo de Dios y cuando sus padres ya casi no la esperaban. Por eso, era la más querida de ellos y un poco el juguete entre sus hermanos mayores...

Este cariño se acentuó cuando murió mamá Petronila, dejándole a ella muy chiquitina. De nuestra pequeña se encargaría, en adelante, la hermana mayor, María Rosa, la cual la crió como si se tratara de una verdadera hijita suya.

María Rosa pasó a ocupar, en parte, el hueco vacío que dejaba en aquella familia numerosa la madre muerta. De este modo, las penas para el padre serían menores.

Las crónicas nos dicen que era una niña preciosa: blanca y rubia, de unos ojos verdes azulados y lindísimos; muy atractiva y con facciones muy finas; de una gracia natural encantadora y de maneras muy cultivadas<sup>37</sup>.

Nuestra pequeña Napuri se atraía las simpatías de todos por la agudeza natural de su ingenio. De su primera juventud, nos dirán de ella que su estatura era solamente regular, pero bien proporcionada. Y no deja de ser curioso el primer recordatorio de su vida: «llevaba en su persona —se nos dice— el peligro para su alma». Así de agraciada debía de ser.

De una instrucción solamente mediana, debido a que no se le pudo proporcionar otra mejor en su pueblo natal de Barranca, era, sin embargo, inteligente por naturaleza y gustaba de leer novelas y liviandades.

Aficionada a la música, tocaba el piano, bailaba y le gustaba la vida de sociedad. En fin, que no parecía sino que se había equivocado de linaje y de cuna, ya que debiera haber nacido entre la aristocracia peruana.

Petronila era de carácter alegre; algo liviano, con poco juicio y, aunque inteligente, de voluntad muy débil. Con seguridad que habría de encontrar escollos en su camino.

Muy diestra en las labores manuales, después de la muerte de su padre,

36. Nuevamente encontramos contradicción entre la fecha que nos ofrece el *Libro de Registro*, en materia de personal, y el *Catálogo* al que en ocasiones nos hemos referido; ya que este último pone la fecha del 28 de marzo del mismo año.

37. *Libro de Registro*, Notas de personal, n. 1, p. 74.

tuvo que recurrir a la costura, en compañía de sus hermanas; hasta que dos de ellas se establecieron por su cuenta en la citada Barranca, contrayendo matrimonio en regulares condiciones.

Los hermanos hacían rancho aparte. José, el mayor, había montado un pequeño negocio y trataba de colocar al pequeño, Clemente de nombre, en situación de prestarle alguna ayuda.

En estas circunstancias y en tanto se preparaban y trabajaban para un porvenir mejor, les llegó a las hermanas mayores una invitación para que se apuntaran a una excursión fuera de Barranca, con una comitiva muy animada y en la que tomaban parte muchos jóvenes de ambos sexos venidos de Lima. Solamente Petronila, junto con algunas compañeras, pudo concurrir a este delicioso paseo, preparado por hombres dotados de bienes de fortuna y de familias muy conocidas.

En aquella excursión, uno de los jóvenes más ricos puso sus ojos atrevidos en nuestra bella e inquieta Petronila, a la que ya debía conocer de antemano. Y como no era posible abordarla fácilmente en su casa por la estrecha vigilancia de sus hermanas mayores, que sabían del peligro que corrían los lindos ojos y los encantos de su hermanita menor, aprovechó el momento de encontrarla sola en esta cabalgata de plácida «soirée»<sup>38</sup>.

Trazado de antemano su plan y tomadas todas sus avenidas, el mozo de marras dio a nuestra indiscreta e ingenua muchacha un narcótico, embarcándola luego secretamente en Supe, y conduciéndola después a la ciudad de Lima, donde la tuvo secuestrada, sin que nadie pudiera saber de ella.

Cuando Petronila despertó de su letargo y se encontró lejos de los suyos, en manos extrañas y sin saber exactamente dónde se hallaba, creyó volverse loca de dolor.

Al fin, usando de mil mañas, pudo comunicarse con sus hermanas y volver, no sin gran trabajo, al seno de su familia.

¡Pobre Petronila! Ella —bien lo sabía Dios— era inocente y no se explicaba cómo pudo ocurrir aquel extraño rapto. Pero la gente, el mundo envidioso no perdona estos deslices y menos los encantos y la belleza de una muchacha humilde y de familia trabajadora.

Nuestra joven, desde aquel percance, sintió en su corazón y en su alma dolorida el rechazo de todos cuantos anteriormente la rodeaban y festejaban. Sufría hondamente al verse desplazada de la sociedad en la que, poco antes, tantos éxitos consiguiera.

Fue entonces cuando se retiró del mundo, buscando al pie de los altares consuelo a su llanto y amargura. Lloraba sin cesar la triste suerte que le había

---

38. La M. Teresa del Sagrado Corazón hablaba y escribía el francés correctamente y tan bien como el español. Por lo que nada tiene de particular el que en sus escritos se le escapen, de vez en cuando, expresiones como la reflejada en esta interesante y graciosa biografía de Sor María de San José.

cabido. Un Viernes Santo, siguiendo la procesión del «Santo Sepulcro», precedida por un «Paso» del Señor con la cruz a cuestas, sintió el hastío más grande de una vida que no tenía una meta determinada y experimentó, al mismo tiempo, un fuerte deseo de abrazar el estado religioso; a tal punto, que en ese mismo momento hubiera querido seguir su vocación. Le pareció que el Señor le miraba desde la cruz con una especial ternura. Le veía cargado con el peso de los pecados de los hombres y, sin embargo, con un rostro de indecible bondad. Petronila no pudo resistir aquella fuerte impresión sentida en el fondo de su alma y sus ojos se convirtieron en dos manantiales de lágrimas.

A partir de este instante, no tenía otro pensar y querer que el de consagrarse al servicio de Dios en las personas de los enfermos y necesitados. Su mirada se dirigió hacia las Hermanas de la Caridad, bien que sin sentir mayor atractivo por ellas.

Preocupada con estos pensamientos y deseos y sin saber a ciencia cierta qué hacer y a quién acudir, cayó en sus manos un periódico de Lima, en el que se narraba la primera toma de hábito y fundación del Instituto Reparador en la llamada «Alameda de los Descalzos».

Esta sucinta lectura fue para nuestra joven como un rayo de luz. Desde este mismo instante, Petronila ya no tuvo otro pensamiento que ponerse en contacto con la M. Teresa del Sagrado Corazón. Con este fin, y sin tardanza alguna, hizo un viaje a Lima, cumpliéndose sus deseos de ver y de poder hablar con la Fundadora.

Nuestra joven volvió a Barranca toda consolada y resuelta a comunicar a sus hermanas su resolución, interesándolas para que la ayudasen en sus propósitos que, según ella, eran irrevocables. José y Clemente, generosos y buenos, le ofrecieron el mayor apoyo, secundándole en aquellos proyectos de vida religiosa.

Pero Dios Nuestro Señor quiso probar todavía la constancia y fidelidad de su pequeña sierva. Petronila cayó enferma de preocupación. Padeía fiebres altísimas y muy continuas, las cuales aniquilaban sus fuerzas, dando poco después todo aquello en un reumatismo agudo que la retuvo varios meses casi diariamente en cama.

Todo su gozo en un pozo y a esperar días mejores. Entretanto, bien estaría tomar como protector a San José para, por medio de su intercesión, obtener prontamente su salud y poder ingresar en el Instituto Reparador de Lima.

Apenas sintió un ligero alivio en su enfermedad, comprometió a su hermana María Rosa a fin de que la condujera a la Ciudad de los Reyes. José y Clemente se opusieron en redondo, ya que lo creyeron una verdadera locura, debido a su débil estado de salud que, por fuerza, habría de ser un impedimento para entrar en religión. Es más, la disuadieron diciéndole que, aun en el mejor de los casos y que fuera admitida, con seguridad que tendría que abandonar pronto el convento. Por lo que la proponían que aplazara para más adelante su ingreso en las Reparadoras del Sagrado Corazón.

Pero Petronila sentía una fuerza interior que la impulsaba hacia Lima, a

pesar de sentirse enferma y se propuso cambiar de rumbo y entrar el primero de mayo, fiesta del Patrocinio de San José, tal vez en agradecimiento al Santo Patriarca por lo bien que se había portado con ella mejorándola de su enfermedad.

Y como lo pensó, lo hizo. Se encomendó, una vez más, al santo protector de la Iglesia, comenzando la devoción de «Los siete Domingos», y se embarcó rumbo al Callao. Enferma como iba, en el trayecto le subió de tal manera la fiebre, que hubo de guardar cama por espacio de quince días. Al cabo de los cuales mejoró notablemente y mandó a su hermana María Rosa que la asistía en Lima y que ya se disponía a regresar a Barranca, donde la reclamaban otras y principales ocupaciones, que fuera a hablar con la M. Teresa del Sagrado Corazón y dispusieran su entrada en el claustro.

La Fundadora, movida tal vez por una luz interior, o con miras a admitir postulantes como fuera en aquellos primeros días del Instituto, no puso dificultad alguna, ingresando el día que se lo había propuesto, que fue el 1.º de mayo de 1898.

Y aquí, otra anécdota curiosa a consignar en la vida de esta singular mujer: entre su pequeño bagaje, llevaba cantidad de medicinas para su reumatismo y sus fiebres malignas. Pues bien, el *Libro de Registro*, que trata del personal, consigna que desde que puso los pies en el convento, se sintió tan divinamente, que ella misma propuso a la superiora dejar por completo todos aquellos medicamentos. Pasó perfectamente el recreo de su primera noche dentro de la comunidad y siguió desde ese momento el reglamento de la misma, sin sentir la menor molestia y desapareciendo por completo todos sus dolores reumáticos.

Se habían cumplido plenamente sus deseos. Ahora tenía que demostrar a todos que no eran meras palabras, sino que estaba dispuesta a seguir el camino de la perfección escogido dentro de la vida religiosa.

Como quiera que su conducta, a pesar de los celos que inspiraba en la comunidad, fue plenamente satisfactoria, no hubo inconveniente en darle el santo hábito el 29 de junio del año citado, tomando el nombre de Sor María de San José.

Durante el noviciado, Sor María de San José manifestó una gran lealtad para con la Fundadora. Lo demostró palpablemente con ocasión de los desahuisados de la infortunada Sor Antonia de Jesús, que Dios perdone.

Sor Antonia de Jesús era nada menos que Maestra de novicias cuando exigió a nuestra Sor María de San José, lo mismo que había exigido a las demás, que negara el saludo y dejara aislada a la M. Teresa del S. Corazón y realizar de este modo, el proyecto de echar abajo el recién fundado Instituto Reparador.

Pero nuestra ejemplar novicia se abstuvo de tomar parte en aquellos conciliábulos. Tal actitud sacaba de quicio a la nefasta Maestra, y le daba sus quejas al confesor y director espiritual, P. Leonardo Cortés. Este religioso franciscano, creyendo obrar correctamente al recibir de nuestra ingenua novicia la

confidencia del rapto de que había sido objeto y no haberlo declarado a la Superiora, le disuadió a que abandonara voluntariamente el convento, pues una vez que la M. Teresa se enterase de aquel desgraciado incidente, la pondría sin dilación en la calle.

Con este consejo y mayores apremios para que saliera del Instituto, Sor María de San José abordó a la Fundadora, rogándole le permitiera salir del convento. Sorprendida la M. Teresa de tan súbita resolución, trató de calmar a la pobre novicia, la cual, deshecha en lágrimas le decía:

—Madre, necesariamente tengo que salir. En ningún modo puedo permanecer un día más en el monasterio.

M. Teresa, armándose de mucha paciencia, tocó todos los resortes para conocer la causa de tan extraña como intempestiva resolución. Finalmente, la preguntó si todo aquello lo hacía por mandato del confesor. A la respuesta afirmativa, M. Teresa le hizo comprender que el Instituto estaba atravesando por un momento de grandes tribulaciones y que no se dejara llevar de consejos contrarios a su vocación.

Fue entonces cuando Sor María de San José, nuevamente hecha un mar de lágrimas, contó el secreto que la atormentaba, rogándole que la acogiera en la comunidad, si esto no iba en contra de las Reglas del Instituto.

M. Teresa, mostrándose con la ternura de una madre, le prometió conservarla en el Instituto siempre que su conducta diera cumplida satisfacción.

Esta acogida inesperada despertó en nuestra religiosa el más profundo agradecimiento y, a cambio de ello, le reveló cuanto tramaban contra ella. Le dijo igualmente que estaba extrañada de aquella acogida suya, pues le habían dado a entender que la Superiora era una mujer inabordable y que no encontraría en ella sino el mayor desprecio y el más completo rechazo.

Pasada la tormenta, vino la calma y la paz para su atormentado corazón. Sor María de San José pudo pronunciar sus votos el día 14 de mayo del año 1900.

Y como nadie es perfecto mientras camina por este mundo de pecado, a Sor María de San José, de vez en cuando, le asaltaban los celos, reflejando en su conducta ciertas debilidades, y en ocasiones se mostraba de espíritu poco mortificado y no siempre correcto.

De imaginación, asimismo, algo exaltada y de juicio ligero, no siempre daba a sus actos el timbre religioso que cabía esperar de ella. A las veces, se le escapaban expresiones de murmuración contra la autoridad; expresiones que eran más bien hijas del celo mal entendido.

Pero era buena y servicial nuestra Sor María de San José. Muy servicial y apta para los enfermos, se le ocupó mucho en esta obra de caridad; pero su afición a un cierto regalo natural, le hacía terminar pronto aquellas labores con detrimento del prestigio de esta meritoria obra de apostolado.

Este defectillo, como lo llama la misma M. Fundadora, lo rescataba bien con sus trabajos manuales, muy curiosos, por cierto, y su disposición para la música.

Sor María de San José emitió sus votos perpetuos el 8 de noviembre de 1903. Más madura y más responsable, fue designada para la fundación de la casa de Ayacucho en 1906. Se había hecho a la residencia de San Pedro Nolasco de Lima y la separación de la misma constituyó para ella un gran sacrificio.

Y volvió a Lima. Se la necesitaba como profesora de piano. En Ayacucho constatan las crónicas que «dejó muy vivas simpatías»; por lo que, siendo necesario renovar el personal de este colegio, se le obligó a Sor María de San José a que volviera allá, con nuevo y doloroso sacrificio.

Había llegado para nuestra hermana la hora de la verdad. El Señor la esperaba a la vuelta de esta esquina de su vida para purificarla en la tierra de todas sus pequeñas vanidades mundanas.

Atacada de fiebres traidoras y estando casi en la agonía, dio a la Superiora General una prueba más de lealtad para con ella: confió a dos personas respetables y de toda confianza el que comunicaran a la M. Teresa del Sagrado Corazón los planes de destrucción que sor Imelda de Jesús tenía preparados para con el Instituto.

Hubo un momento en que, restablecida del maligno tifus, se pensó en su total recuperación. Pero a poco y casi repentinamente, Dios se la llevó consigo al cielo, causando en la Comunidad la más profunda pena y, además, una gran sorpresa. Era el 2 de julio del año 1911.